

salvarse únicamente arrojando por la borda la pretensión de que tenían una relación directa con los negocios prácticos, y se efectuó una separación por virtud de la cual el dogma religioso dejó de representar tanto un análisis de la sociedad existente como un código de conducta. La religión se convirtió en algo distinto y aparte de las otras ramas del pensamiento, particularmente de las relativas a los problemas mundanos de la adquisición de riquezas. Aunque alguna otra vez se hicieron intentos por introducir elementos éticos en la corriente principal de la doctrina económica, ésta fue desde entonces independiente de la religión. Así quedaron sentadas las bases de una ciencia secular de la economía.

II. EL CAPITALISMO COMERCIAL Y SU TEORÍA

1. LA DECADENCIA DEL ESCOLASTICISMO

EL SISTEMA clásico de la economía política fue preparado en los tres siglos que transcurrieron entre la baja Edad Media y la aparición de *La riqueza de las naciones*. Durante ese período de vehemente discusión económica el número de escritores y de escritos sobre la materia aumentó rápidamente. Hasta hace poco fue un tanto desdeñada esa abundante producción teórica; pero en las últimas décadas los historiadores le han prestado más atención, y hoy es posible tener una idea más clara del desarrollo de la doctrina económica de fines del siglo xv a fines del xviii. Desde un punto de vista técnico-económico muchos de los escritos de aquel tiempo merecen ser estudiados en detalle; mas, para nuestro propósito actual, bastará bosquejar la tendencia general del movimiento teórico. La economía política preclásica puede dividirse en dos partes: la primera es, en gran parte, el reflejo del nacimiento del capitalismo comercial y generalmente se le llama "mercantilismo": a ella dedicaremos el presente capítulo; la segunda, que acompañó a la expansión del capital industrial a fines del siglo xvii y principios del xviii, comprende los verdaderos fundadores de la ciencia de la economía política; trataremos de ella por separado en el capítulo siguiente.

Todo estudio de la teoría mercantilista debe ir precedido de una exposición de los cambios que condujeron desde la economía feudal particularista hasta el desarrollo del comercio entre estados-naciones grandes, ricos y poderosos. La historia de esos cambios ha sido narrada muchas veces. En la desaparición del mundo medieval operaron gran número de factores. La aparición de los estados nacionales, impacientes por destruir tanto el particularismo de la sociedad feudal como el universalismo del poder espiritual de la Iglesia, dio por resultado un interés mayor por la riqueza y la aceleración de la actividad económica. El relajamiento de la autoridad doctrinal central, producido por la Reforma, y los progresos del concepto de derecho natural así en la jurisprudencia como en el pensamiento político, prepararon el terreno para un punto de vista racional y científico respecto de los problemas sociales; y la invención de la imprenta creó nuevas posibilidades de intercambio intelectual. El feudalismo también resultaba inadecuado para regular la producción. La revolución en los métodos

de cultivo agrícola destruyó las bases de la economía feudal, provocando la sobrepoblación rural, una conmutación creciente de los tributos feudales, el aumento de las deudas de los señores feudales y su necesidad de recurrir al comercio y a nuevos métodos agrícolas para surtir el mercado. Otro factor poderoso fueron los descubrimientos marítimos, que produjeron una expansión enorme del comercio exterior.

Esos dos procesos estaban íntimamente ligados entre sí. En Inglaterra, por ejemplo, donde puede observarse con más claridad el desarrollo del capitalismo, el crecimiento del comercio destruyó la agricultura de consumo, obligándola cada vez más a acudir al mercado. Así se aceleró grandemente el movimiento de cercamiento, quizá el fenómeno económico más importante de la baja Edad Media y comienzos de la Moderna. A veces tuvo por objeto dar mayor alcance a los nuevos métodos de cultivo; y otras convertía las tierras arables en pastos, con las consecuencias que han descrito a menudo los historiadores sociales. En uno y otro caso, hizo a la agricultura más dependiente de las necesidades de los grandes mercados y del capital mercantil que los dominaba. El crecimiento del comercio exterior aceleró la acumulación del capital comercial. Este capital se invertía con bastante frecuencia en tierras, por razones de lucro, para buscar poderío político o simplemente por prestigio, mientras que entre los aristócratas terratenientes tenía lugar un movimiento contrario. Los enlaces matrimoniales completaron la unión entre el capital financiero, el capital comercial y los poseedores de bienes raíces.

A la revolución comercial acompañaron ciertos cambios en la organización de la producción. Se inició una nueva etapa en la que el capitalista mercader dominaba el proceso productivo, que realizaban pequeños artesanos. Las ganancias del mercader eran producto del monopolio y de la extorsión. En esta fase, el dominio del capitalista mercader fue absoluto. Pero esta fase evolucionó inevitablemente hacia una forma primitiva de capitalismo industrial: la producción a la orden o sistema *Verlag*.^{*} Entonces apareció una clase especial de manufactureros-comerciantes que empleaban a artesanos semi-independientes que trabajaban en sus casas. Esta clase se reclutaba entre los capitalistas mercaderes y entre los artesanos, y sus intereses eran opuestos a los de los capitalistas "puramente" comerciantes, que monopolizaban el comercio al por mayor y el de exportación. El siglo xvii presenció la rivalidad entre esos dos métodos de producción: el capitalista comercial y el capitalista in-

* Industria a domicilio. [T.]

dustrial incipiente. En aquel siglo (en cierta medida se advierten signos de esto ya en el anterior) empezó la producción fabril mediante el empleo de fuerzas inanimadas, y con ella el capitalismo industrial en pleno.

La gran importancia del comerciante en esta fase la revelan no sólo sus funciones en la producción, sino que la manifiestan también los métodos del comercio interior y exterior, y la posición social y política de quienes se dedicaban a él. El monopolio era el medio más importante por el cual los estados-naciones incipientes trataban de aumentar el comercio y crearse fuentes de ingresos. Al comerciante que deseaba establecer una manufactura determinada le parecía el mejor camino posible tener el monopolio en aquel ramo. La tradición del pensamiento medieval era favorable al privilegio minuciosamente definido y, cosa aún más importante, el monopolio en sí mismo era una forma necesaria de comercio en una época en que eran igualmente grandes la pasión por la aventura y los riesgos. Si, entretanto, la corona imponía un tributo, se le consideraba como un gasto necesario para fortalecer una institución que protegía los intereses comerciales.

En la producción y el comercio nacionales, los comienzos del capitalismo industrial condujeron a campañas ocasionales contra los monopolios. Pero los argumentos contra éstos eran argumentos *ad hoc* dirigidos contra un propietario determinado cuyo privilegio se quería suplantarlo. El capitalismo industrial incipiente no era contrario al monopolio; se oponía solamente a los monopolios que favorecían a los capitalistas mercaderes. Después de haber suplantado a los antiguos los nuevos intereses se convertían con frecuencia en defensores del monopolio. Sobre todo en la primera mitad del siglo xvii, la agitación antimonopolista se debió a la lucha entre los *Verleger* y los grandes capitalistas mercaderes. Hasta fines del siglo xviii (y entonces aún sólo en Inglaterra) no fue plenamente antimonopolista el capital industrial. Ya no necesitaba un monopolio legal, puesto que los nuevos métodos de producción, requerían de medios costosos, le daban una ventaja decisiva en la competencia. Y se mostraba ansioso por eliminar todos los obstáculos que se oponían al uso de técnicas nuevas.

En el comercio exterior, durante mucho tiempo se ofreció aún menos oposición al régimen de monopolio. A lo largo de los siglos xvi y xvii encontramos a las grandes compañías comerciales privilegiadas que monopolizaban el comercio con regiones diferentes; ellas fueron las primeras que usaron en gran escala la organización por acciones, típicamente capitalista. Entre los grandes monopolios comerciales de aquel tiempo se cuentan los Mercaderes Aven-

tureros, la Compañía de la Tierra de Oriente, la Compañía Moscovita y la Compañía de las Indias Orientales, que era la más importante. El comercio que efectuaban estas compañías y los mercaderes independientes era todavía, en gran parte, un comercio de intermediarios. Se dedicaban al mismo comercio de *entrepôt* que había enriquecido a Génova, Venecia y Holanda. Este negocio de acarreo muestra la naturaleza del capitalismo comercial en su más pura esencia. Sin embargo, no tardó en complicarse con una forma más avanzada de comercio que implicaba la exportación de las manufacturas mismas del país.

La colonización se convirtió en un arma importante para mitigar los azares del comercio. Rara vez fueron suficientes los esfuerzos de los comerciantes y de las compañías para conseguir el dominio de las lejanas regiones con las cuales comerciaban, y tenía que complementar el poder del estado, a cuyo fortalecimiento contribuían en tan gran medida. Los vínculos entre los intereses comerciales y el estado se estrecharon más, por lo tanto, y la atención de la política estatal se concentró cada vez más en los problemas del comercio. Sintomático de esta unión entre el capital comercial y el estado es el prestigio de que gozaban algunos comerciantes. Todas las grandes figuras de las compañías comerciales, a las que en breve conoceremos como corifeos del pensamiento económico de su tiempo, fueron personas de gran influencia política. Por ejemplo, Cockayne (uno de los jefes de la Compañía de las Tierras de Oriente y acreedor de Jacobo I) usó de su influencia con el rey para modificar la reglamentación del comercio de paños a fin de arruinar a los Mercaderes Aventureros. Misselden, señalado mercantilista, llegó a ser miembro de un comité permanente para investigar la decadencia del comercio, comité que más tarde se convirtió en el *Board of Trade*, o sea el Ministerio de Comercio.¹ Cuando Sir Josiah Child defendió a la Compañía de las Indias Orientales, señaló que las compañías por acciones habían unido a aristócratas y comerciantes; y cuando Mun, el más destacado de los mercantilistas, escribió su panegírico de las actividades del comerciante, no hizo sino expresar en forma extrema un sentimiento muy generalizado.²

La evolución económica que hizo poderoso al comerciante destruyó también instituciones y modos de pensar que podían haber interceptado el camino a la expansión comercial. Es notable, en

¹ E. A. Johnson, *Predecessors of Adam Smith* (1937), p. 58.

² T. Mun, *England's Treasure by Foreign Trade* (reeditado en 1928 por la Economic History Society), p. 88. [La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior]; trad. de Samuel Vasconcelos, México, FCE, (1954), pp. 147-48.

particular, la transformación que experimentan los restos del pensamiento social que se derivaba aún del dogma religioso. Como eco del debate sostenido en una época anterior y más propicia, las disputas entre teólogos, y entre teólogos y pensadores seculares, volvieron a versar sobre los problemas del dinero y de la usura; pero se ahonda la diferencia entre el punto de vista religioso y el secolar: decae la importancia del primero mientras aumenta la del segundo. El énfasis del debate se desplaza a otros asuntos, y aunque, según veremos, aparezcan a veces opiniones curiosamente anacrónicas, ya no son los mismos los que inspiran a los principales protagonistas de la discusión económica.

Como ejemplos del pensamiento de ese período de transición de la doctrina canonista a la teoría mercantilista podemos mencionar a Tomás Wilson, Carlos Molinaeus, Juan Bodino y Juan Hales. Los dos primeros son típicos representantes de la última fase de la discusión sobre la usura, y el tercero y el cuarto del progreso del pensamiento humanista.

Carlos Molinaeus, ilustre abogado francés del siglo xvi, había escandalizado a sus contemporáneos con su *Tractatus Contractuum et Usurarum* (1546),³ en el que defendía el cobro de intereses, siempre que se fijara una tasa máxima. Su posición, pues, se diferenciaba muy poco de la de Melancton y de la del católico Navarro: pero quizá por la persecución de que fue objeto por herejía, y quizá también porque el pensamiento secolar tenía ya gran importancia, parece que sus opiniones se consideraron más merecedoras de oposición que las de los teólogos. Tomás Wilson, en su *Discourse upon Usury*, hace que uno de sus personajes, a quien después convierte, se apoye en Molinaeus.⁴ Las opiniones personales de Wilson eran violentamente opuestas a la usura. No admitía ninguna de las excepciones que por aquel tiempo eran generalmente aceptadas. Para él, sólo la *mora* genuina podía justificar el cobro de intereses. Parece que las opiniones de Wilson tuvieron en su tiempo cierta influencia en la legislación, si no en la práctica.⁵

Cuando más adelante y por diferentes motivos volvieron los mercantilistas a oponerse al cobro de intereses, se apoyaron en las opiniones de Wilson.

Los tratados de Juan Bodino y de Juan Hales son más impor-

³ A. E. Monroe, *Early Economic Thought*, p. 105.

⁴ T. Wilson, *A Discourse upon Usury* (ed. R. H. Tawney, 1925), pp. 343-45.

⁵ R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*, pp. 156, 160.

tantes para la historia de la economía que esas últimas escaramuzas de una batalla que ya estaba a punto de terminar. Bodino, cuya influencia tuvo importancia más inmediata en el campo de las ideas políticas, se distinguió por la publicación de un tratado muy avanzado sobre la moneda. En su *Réponse aux Paradoxes de Malestroit*,⁶ publicada en 1569, da la primera explicación metódica de la revolución de los precios en el siglo xvi. Atribuye el alza de los precios, de la cual cita algunos ejemplos, a cinco causas: la abundancia de oro y plata, la práctica de los monopolios, la escasez causada en parte por la exportación, el fausto del rey y de los grandes señores, y la adulteración de la moneda. De todas ellas, la primera es la más importante. Su aseveración de que "la causa principal que eleva el precio de todas las cosas, en cualquier país que sea, es la abundancia de lo que regula la estimación y el precio de aquellas",⁷ es la primera exposición clara de una teoría cuantitativa de la moneda. Pasa Bodino a tratar del aumento de la moneda, cuya causa encuentra en la expansión del comercio, sobre todo con los países sudamericanos, en los que abunda el oro. El estudio de las diferentes formas como el comercio exterior llevó más oro a Francia, es de un tono notablemente moderno. También lo es, aunque en menor grado, la reprobación del alza de los precios debida a los monopolios. La tercera causa de carestía, la escasez de artículos nacionales, no es más que un corolario de la primera: el influjo del dinero de España y de otras naciones comerciantes.

Bodino no da gran importancia a la cuarta causa, pero tiene cierta afinidad con la teoría monetaria de algunas escuelas modernas. Se refiere a los efectos inflacionistas del gasto, al contrario que el atesoramiento, pues si el aumento de oro se hubiera "ahorrado", habría sido mucho más pequeña el alza de los precios. El estudio que hace Bodino de la quinta causa es digno del estudiante del análisis de Oresme acerca de la naturaleza y efectos de la adulteración, pues con pruebas históricas y deductivas Bodino demuestra que la adulteración produce el alza de los precios. Bodino distingue los aumentos de precios debidos a causas monetarias generales de los que son de naturaleza más particular; en los remedios que propone se adelanta mucho a su tiempo, lo mismo que en el diagnóstico: cuando se juzgaban indispensables restricciones muy severas del comercio, él formuló la opinión de que el comercio debía ser libre.

⁶ A. E. Monroe, *op. cit.*, pp. 123 ss.

⁷ *Ibid.*, p. 127.

Igualmente moderno en el tono, aunque sustancialmente diferente, es *A Discourse of the Common Weal of this Realm of England*, publicado en 1581, cuyo autor, designado primeramente con las iniciales W. S., se cree actualmente que es Juan Hales, un erudito que terminó en funcionario público. Como miembro de la comisión de cercamientos organizada por el Protector Somerset, Hales estuvo en estrecho contacto con los problemas sociales de su tiempo. En los diálogos de este *Discourse* se muestra bien enterado del descontento que estaba produciendo la revolución agraria; pero sus soluciones tienen siempre el carácter de concesiones. Es un humanista, aunque con mucho menos visión que Bodino, y su punto de vista sobre las cuestiones sociales es racional y práctico. No condena el afán de lucro, que considera un rasgo imborrable de la naturaleza humana, y aunque todavía cree en las virtudes medievales de la justicia en todos los tratos, sus proposiciones para gobernar el interés personal en beneficio del bien común son de la misma sustancia con que formó sus doctrinas una época posterior. El estado debería concebir sus leyes de manera que el interés personal corriera por canales que llevaran al beneficio general. No debían condenarse los cercamientos, por ejemplo, los que mejoran la tierra cultivable; únicamente los que producen desocupación al convertir en pastos tierras laborables debieran impedirse, haciendo libre la exportación de trigo y restringiendo la de lana.

La misma actitud práctica se encuentra en la opinión de Hales sobre las importaciones. Se adelanta a su época al descartar la restricción general de las importaciones; pero no va tan lejos como Bodino, porque deseaba evitar las compras de "bagatelas" en el extranjero. Además, deploraba la exportación de materias primas inglesas que después se importaban, una vez manufacturadas en el extranjero, pues el país perdía ese trabajo. Hales, como Oresme, atribuye muchos males económicos a la adulteración de la moneda. Su aportación personal, si bien no tan completa ni tan clara como la de Bodino, versa sobre los efectos de la adulteración o envilecimiento del dinero en el precio de los artículos importados. Sin embargo, expone claramente la manera como el alza inflacionaria de los precios afecta la distribución de la riqueza entre las diferentes clases de la comunidad.

2. CARACTERÍSTICAS DEL MERCANTILISMO

Hasta ahora hemos considerado las aportaciones a la doctrina económica de abogados, eruditos y funcionarios públicos. Pero,

aunque un Bodino fue capaz de formular doctrinas monetarias de gran claridad y penetración, los avances más importantes de dicha doctrina se debieron a los directores de la actividad económica, a los comerciantes. Las teorías que formularon nunca fueron reunidas en un cuerpo de doctrina semejante al del derecho canónico. Lo que ha hecho posible hablar de mercantilismo es la aparición, en diferentes países, de una serie de teorías que explicaron durante mucho tiempo la conducta de los estadistas, o les sirvieron de fundamento. La definición precisa del término ha sido por mucho tiempo objeto de innumerables controversias. Algunos escritores⁸ han afirmado que ciertas teorías mercantilistas empiezan a aparecer en forma rudimentaria hacia fines del siglo xiv y principios del xv. Otros, como Cannan,⁹ sostienen que hay que establecer una distinción entre el "metalismo" (*bullionism*), que existió durante gran parte de la baja Edad Media, y el mercantilismo propiamente dicho, que no aparece hasta el siglo xvii, con la influencia creciente del capitalismo industrial incipiente, interesado en la expansión del comercio de exportación. Como veremos más tarde con claridad, ninguna de esas dos teorías es completa. La primera anticipa el nacimiento de las ideas típicas del mercantilismo, cuya aparición depende en cierto grado del desarrollo del capitalismo comercial. La segunda es correcta sólo en cuanto identifica el metalismo con una alta esumación por el "tesoro"¹⁰ estimación que, ciertamente, existió mucho antes de la era mercantilista; pero aun cuando hubo una ruptura entre las primeras ideas mercantilistas y las últimas relativas al comercio exterior, esta brecha no es bastante profunda para destruir la unidad esencial del pensamiento mercantilista.

Siguiendo a Schmoller, algunos escritores identifican el mercantilismo con la estructuración del estado. El profesor Heckscher adopta de nuevo esta tesis en su extenso tratado.¹⁰ Es opinión suya que el mercantilismo debe ser considerado esencialmente como "una fase de la historia de la política económica", que contiene diversas medidas económicas encaminadas a conseguir la unificación política y el poderío nacional. Se destaca en el primer plano la erección de estados-naciones, y el sistema monetario, el proteccionismo y otros expedientes económicos se consideran meramente como medios para ese fin. La intervención del estado era una parte esencial de la doctrina mercantilista. Los que tenían

⁸ Por ejemplo, A. Gray, *The Development of Economic Doctrine*, p. 56.

⁹ E. Cannan, *Repaso a la teoría económica*, México (1946), pp. 13-14.

¹⁰ E. F. Heckscher, *Mercantilism* (1953), vol. 1 p. 119. [*La época mercantilista*, trad. de Wenceslao Roces, FCE, México (1943).]

a su cargo las funciones del gobierno aceptaban las nociones mercantilistas y ajustaban su política a ellas, porque en ellas veían medios de fortalecer a los estados absolutistas tanto contra los rivales extranjeros como contra los restos del particularismo medieval en el interior. También hay que conceder que en gran parte de los escritos mercantilistas, desde los de Mun, el inteligente comerciante inglés, hasta los de Hornick, el abagado nacionalista austriaco y consejero privado, se pretende hablar en nombre del engrandecimiento nacional.

Pero una opinión que hace de la unificación política el fin a que deben subordinarse tanto la práctica como la teoría económica, ignora la influencia causal más poderosa que actúa sobre las instituciones políticas y que proviene de los cambios en la estructura económica. No es necesario empequeñecer el efecto que el crecimiento del estado tuvo sobre el desarrollo comercial y la teoría de la política económica, pero sigue siendo cierto que fueron el hundimiento de la economía feudal y el crecimiento del comercio los hechos subyacentes a la decadencia de la estructura política feudal y al nacimiento del estado-nación. También puede alegarse que los mismos factores obraban aún en el siglo xvi y que las opiniones mercantilistas nacieron de las necesidades del capital comercial, aunque a veces hayan podido encontrar expresión indirecta en forma de políticas encaminadas a fortalecer el estado.

No es de sorprender que los mercantilistas hubieran disfrazado sus opiniones con la apariencia de una política destinada a fortalecer la nación, o que hayan vuelto los ojos al estado para llevar a la práctica sus teorías. La expansión del comercio trajo consigo una divergencia de los intereses comerciales individuales. La mayor parte de ellos buscaban una autoridad central poderosa que les protegiese contra las pretensiones de sus rivales. Las fluctuaciones de la política estatal durante el largo período en que el mercantilismo dominó, no pueden entenderse sin tener en cuenta en qué medida era el estado una criatura de intereses comerciales en pugna, cuya única finalidad común era tener un estado fuerte siempre que pudieran manejarlo en su provecho exclusivo. Por esta razón, la mayor parte de las medidas de política mercantilista adoptadas identificaron la ganancia de los comerciantes con el bien nacional, o sea con el fortalecimiento del poderío del reino.¹¹

Muchos mercantilistas creían sinceramente en esa identidad y

¹¹ H. M. Robertson cita algunos ejemplos en *Aspects of the Rise of Economic Individualism* (1933), pp. 66-8.

la verdad es que durante mucho tiempo la reglamentación estatal fue condición esencial para la expansión de los mercados más allá de sus límites medievales. Pero no fueron desconocidas, ni mucho menos, las dudas acerca del beneficio universal de su intervención. Ya en 1550 había expresado esto Sir John Mason¹² de una manera terminante, y durante los ciento cincuenta años siguientes las dudas crecieron hasta convertirse en una tormenta de protestas. Tampoco desconocían los mercantilistas las divergencias entre el interés de la comunidad y el de los individuos, y ese conocimiento encontró expresión en la actitud libre cambista de los últimos mercantilistas.

Así pues, la relación entre la organización económica y las instituciones políticas y entre las ideas económicas y las políticas debe considerarse como una relación de interacción. Cuando se la observa en un período largo, dicha relación revela muchas veces un carácter antitético. Se acepta, en general, que el capitalismo mercantil precedió y preparó el terreno al capitalismo industrial moderno. Este último, como después veremos, vio en el poder del estado y en su intervención en materias económicas un serio obstáculo a su desarrollo, y así entró en oposición con la estructura política que su propio antecesor había hallado necesario crear. Los mercantilistas pedían un estado lo bastante fuerte para proteger los intereses comerciales y para destruir las numerosas barreras medievales que impedían la expansión del comercio; y eran igualmente explícitos al sostener que el principio de reglamentación y restricción mismo —aplicado ahora en escala mucho mayor mediante los monopolios y la protección— eran una base esencial del estado, pues el capital comercial necesitaba mercados más amplios y estables, pero suficientemente protegidos para permitir una explotación segura. Ahora sabemos que el monopolio, la protección y la reglamentación por el estado no siguieron siendo características indispensables del capitalismo una vez que llegó a su plenitud, y es sintomático del desarrollo de la industria moderna que el clamoreo contra el monopolio empiece tan pronto en el campo del comercio interior, mientras que el mercantilismo sobrevive durante mucho tiempo en el comercio exterior. El espectáculo del capitalismo en su época liberal, atacando y destruyendo aquello que le había dado nacimiento, encierra una paradoja únicamente si tomamos un punto de vista estrecho respecto del desarrollo de la doctrina económica.

¹² R. H. Tawney y E. Power, *Tudor Economic Documents* (1935), vol. II, p. 188.

El contraste entre el capitalismo comercial y el industrial tiene un paralelo anterior en el desarrollo del capitalismo comercial mismo. Su expresión teórica es la lucha entre metalistas y mercantilistas. Adam Smith inició su famosa crítica del mercantilismo atacando la noción popular de que "la riqueza consiste en dinero, o en oro y plata".¹³ Pero esta noción popular se explica por el hecho de que los metales preciosos, es decir, el dinero, es la primera forma de riqueza una vez que han llegado a ser instituciones sociales fundamentales el cambio privado y un medio de cambio. La aparición de estas nociones y de las prácticas destinadas a darles efectividad es un indicio de la fase del desarrollo económico. El atesoramiento implica un gran progreso en el proceso del cambio privado y de la circulación. Es esencialmente diferente de la acumulación de riqueza en su forma natural, y se hizo posible sólo cuando la producción y la circulación de la riqueza llegaron a ser dos procesos distintos relacionados por el dinero y mediados por una clase especial de comerciantes. En esta fase el concepto de riqueza se hace independiente del de bienes o mercaderías que tienen valor de uso, para reaparecer en forma de acopio monetario con valor de cambio. La acumulación de los metales preciosos con que se hacía el dinero fue común en el mundo antiguo. En Grecia y Roma fue una meta política constante formar un tesoro que pudiera servir en caso de necesidad, y durante la Edad Media la búsqueda de la riqueza y del poder por la iglesia, los reyes y los señores feudales iba vinculada a dicha acumulación.

El capitalismo comercial dio nuevo impulso a esta opinión. Mientras el comercio fue la fuerza dominante del desarrollo económico, la circulación de bienes o mercancías fue la esencia de la actividad económica. Su finalidad, la acumulación de dinero, correspondía a las ideas tradicionales de la riqueza y de los objetivos de la política nacional. La búsqueda de oro en tierras lejanas es la forma específica que primero tomó la expansión comercial. "¡El oro —dijo Colón— es una cosa maravillosa! Quien lo posee es dueño de todo lo que desea. Con el oro, hasta pueden llevarse almas al Paraíso."¹⁴ Lutero, que no compartía este último sentir, mostró una estimación parecida por el oro en su gran ataque contra el comercio. Decía que los alemanes estaban enriqueciendo a todo el mundo y empobreciéndose a sí mismos enviando su oro

¹³ *Riqueza de las naciones*, libro IV, cap. I.

¹⁴ En una carta de Jamaica de 1503, citada por Marx en *Zur Kritik der politischen Ökonomie* (1930), p. 162.

y su plata a los países extranjeros; Francfort, con sus ferias, era el agujero por el cual Alemania estaba perdiendo su riqueza.¹⁵ Hales deploraba la pérdida de riqueza ocasionada por la adulteración de la moneda y la importación de fruslerías inútiles. Serra, el gran mercantilista italiano, daba por sentado que todo el mundo sabía "Cuán importante es, así para los pueblos como para los príncipes, que el reino abunde en oro y plata".¹⁶ Malynes y Misselden, aunque empeñados en una violenta controversia sobre política comercial exterior, estaban de acuerdo en la importancia del atesoramiento de metales. El primero decía: "Porque si escasea el dinero, el tráfico decrece, aunque las mercancías abundan y los artículos estén baratos."¹⁷ Aunque, como veremos, Misselden tenía opiniones más avanzadas sobre el comercio, ansiaba, sin embargo, restringirlo "al mundo cristiano" para conservar la riqueza metálica.¹⁸ Y consecuentemente, Mun da por cosa sabida que el fin de la política es aumentar el tesoro metálico del reino.

Así pues, la alta estimación del dinero fue común a todos los mercantilistas. Miraban el proceso económico desde el punto de vista de la etapa primitiva a que había llegado el capitalismo —su etapa comercial— y esto les llevaba a identificar dinero y capital. El profesor Heckscher ha descrito de un modo interesante el "horror a los bienes", la preocupación exclusiva, casi fanática, de vender, que caracteriza al pensamiento mercantilista.¹⁹ En agudo contraste con la finalidad de conseguir abundancia de bienes, que caracterizó la anterior política estatal, el mercantilista, según Joachim Becher, su representante alemán más eminente, piensa que "siempre es mejor vender mercancías a los demás que comprárselas, porque lo primero trae cierta ventaja y lo segundo un daño inevitable".²⁰ Este horror a acumular mercancías no vendidas aparece en todos los escritos de los mercantilistas, si bien en formas diferentes. Se encuentra en la aversión de Malynes a importar artículos de lujo, en el deseo de Misselden de atesorar, así como

¹⁵ "Von Kaufhandlung und Wucher" (1524), en *Wolke* de Martin Lutero (1899), vol. xv, p. 294.

¹⁶ A. E. Monroe, *Early Economic Thought*, p. 145.

¹⁷ E. F. Heckscher, *op. cit.*, vol. II, p. 217.

¹⁸ E. Misselden, *Free Trade, or the Means to make Flourish* (1662), p. 19.

¹⁹ Los numerosos ejemplos que cita de teóricos mercantilistas muestran gran analogía con las ideas diseminadas en diversos escritos de Marx. Véase especialmente *Das Kapital* (1922), vol. III, parte I, pp. 307 ss. [*El capital*, trad. de Wenceslao Roces, FCE, México (1946)]. *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, pp. 118-33, 162-64.

²⁰ Citado por E. F. Heckscher, *op. cit.*, vol. I, p. 116.

en los razonamientos sobre la balanza comercial de Mun y de mercantilistas tan avanzados como D'Avenant, Barbon y Child. Hasta Petty, fundador de la economía política clásica, no está seguro de la relación entre el comercio exterior de un país y su riqueza.

Este "horror a los bienes" se reveló de modo particular en la esfera del comercio exterior, y tuvo como consecuencia el que los mercantilistas buscaran un excedente de exportaciones, que en su esencia era el deseo de crear un excedente de riqueza. El único excedente que los mercantilistas conocían se producía si había ganancia en las ventas. Es manifiesto que esto sólo podía producir un excedente relativo: lo que gana uno, lo pierde otro, como dijo el autor de un folleto del siglo XVII.²¹ D'Avenant escribía en 1697 aún más claramente que con el comercio interior no se enriquecía la nación en general, sino que sólo tenía lugar un cambio en la riqueza relativa de los individuos; pero que el comercio exterior sin duda aumentaba la riqueza de un país.

Esta idea primitiva del origen de las utilidades —suplantada más adelante por la clásica teoría del valor trabajo se generalizó en una época comercial en que la producción se realizaba aún sobre una base pre-capitalista, y sirve para explicar mejor aún las opiniones peculiares sobre el dinero y la riqueza sustentadas por los mercantilistas. Equivalía a una identificación de (o mejor a una confusión entre) dinero y capital. Ya hemos dado ejemplos de la frecuencia con que los mercantilistas hablaban del dinero como de la riqueza. No es necesario creer que consideraban la riqueza, como lo hicieron los primeros economistas, en el sentido material y concreto, y que, así, eran culpables de una "locura de Midas", como dice Oncken.²² La palabra riqueza se usaba claramente en el sentido de capital; y la teoría del dinero de los mercantilistas era parte de su opinión unilateral sobre la actividad económica.

La identificación de dinero y capital aún no ha desaparecido hoy del todo. La era mercantilista pudo encontrar una confirmación sorprendente de los usos productivos del dinero que asetonaron el golpe de muerte a la economía feudal y a las prohibiciones canónicas de la usura. Conocía el capital sólo en su forma monetaria primitiva, y la confusión que fue más tarde objeto de tantas burlas era perfectamente compatible con su propia experiencia económica. Sin embargo, los mercantilistas fueron llevados a muchas nociones que ahora consideramos erróneas. Por ejemplo,

²¹ *The East India Trade a Most Profitable Trade to the Kingdom* (1667).

²² A. Oncken, *Geschichte der Nationalökonomie*, parte I, *Die Zeit vor Adam Smith* (1902), p. 154.

atribuye al dinero una fuerza activa definida. El comercio, decían, depende de la abundancia de dinero: cuando el dinero escasea, el comercio es flojo; cuando el dinero abunda, el comercio florece. No obstante, su gran estimación por el dinero les llevó, irónicamente, a rechazar la defensa de la usura que habían hecho los precursores del comercialismo, y volvieron a las opiniones de los canonistas y otros que, inconscientemente, habían defendido la economía feudal contra los ataques del capital-dinero. Los mercantilistas creían que el dinero era productivo, pero, como estaban ansiosos de obtener capital-dinero, sus intereses chocaron con los de quienes podían proveerles de él. En su lucha contra lo que consideraban intereses mercantiles excesivos, no se mostraron superiores a los argumentos de quienes habrían condenado no menos rigurosamente la ganancia del comerciante.

Ejemplo notable es el de Gerald Malynes, a la vez funcionario público y comerciante próspero. Como tal, no podía condenar en absoluto el cobro de intereses, sino que estableció una distinción entre interés y usura. Se basaba principalmente en el *Discourse* de Wilson, y en su *Saint George for England Allegorically Described* (1601), y después en su *Consuetudo vel Lex Mercatoria*, publicado por primera vez en 1622, atacó con extrema dureza los males de la usura opresiva. Defendió el control de las tasas de interés y la creación de *montes de piedad* para evitar la explotación de los pobres, como medios para impedir las excrecencias de una costumbre que, como hombre de negocios, sabía que no podía ser abolida. Sir Thomas Culpepper, en *Tract against Usurie*, publicado en 1621, abogaba en favor de decretar una tasa máxima, sin entrar en la cuestión de la legitimidad o ilegitimidad del interés. Dicho máximo, decía, permitirá a los comerciantes ingleses que pagaban entonces el 10 por ciento, competir en mejores condiciones con sus rivales holandeses, que pagaban solamente el 6 por ciento. Volvemos en seguida a este argumento, que está ligado a las ideas mercantilistas sobre el mecanismo de los pagos internacionales.

De los muchos ejemplos de la actitud mercantilista hacia el interés que podrían ser aducidos, ninguno es tan importante como el de Sir Josiah Child. En su *New Discourse of Trade* (1669), replica a la defensa del interés formulada por Thomas Manley en su *Interest of Money Mistaken*. Child pretende ser el campeón de la laboriosidad, mientras Manley —dice— defiende la holganza. La tasa baja de interés era la causa de la riqueza, y no su efecto, como Manley afirmaba. Si el comercio era el medio para enriquecer a un país y si la reducción de la tasa del interés estimu-

labla el comercio, ¿cómo podía negarse que la tasa baja era una causa poderosa de riqueza?²³ Sin embargo, puesto que "el huevo era la causa de la gallina, y la gallina la causa del huevo",²⁴ aceptaba que el aumento de riqueza producido por una tasa baja de interés podía, a su vez, producir una reducción aún mayor de la tasa. Como a Culpepper, a Child le interesaba ver fortalecida la capacidad de competencia de los comerciantes ingleses. Admiraba mucho a Holanda, lo cual demuestra que veía a ésta tal como era: el país del capitalismo comercial por excelencia. Allí, el poder del capital-dinero había sido, desde hacía mucho tiempo, subordinado a las necesidades de los capitalistas industriales primitivos —los manufactureros comerciantes—, victoria que el comercio inglés no había conseguido todavía. El ataque mercantilista contra las tasas elevadas de interés era natural en una época de gran escasez de fondos líquidos, de servicios bancarios rudimentarios y de antagonismo creciente entre los manufactureros comerciantes, los orfebres y los grandes financieros comerciantes.

3. METALISMO Y MERCANTILISMO

Hasta ahora nos hemos limitado a examinar las características comunes a todos los representantes del pensamiento mercantilista: la actitud favorable a vender, el "horror a los bienes", el deseo de acumular dinero y la oposición a la usura. Tales son los rasgos esenciales del pensamiento económico de aquel tiempo. Sin embargo, hasta hace poco era más frecuente subrayar las diferencias de opinión entre las personalidades mercantilistas. En el siglo xvii fueron muy frecuentes las controversias entre los partidarios de políticas diferentes, y el progreso de las ideas desde Malynes a Mun, por ejemplo, es un indicio cierto del cambio de las circunstancias económicas y de la apreciación de su importancia. A este respecto, suele hacerse una distinción entre los metalistas y los mercantilistas propiamente dichos, pero es posible que estos nombres fomenten la incomprensión de la verdadera divergencia entre estas dos escuelas. Se supone algunas veces que el deseo de atesorar formaba parte de la rudimentaria doctrina de los primeros mercantilistas, mientras que los mercantilistas posteriores abandonaron el craso error de identificar la riqueza con el dinero, y en su lugar adoptaron el error más refinado del excedente de

²³ Josiah Child, *A New Discourse of Trade* (1694), *passim*.

²⁴ *Ibid.*, p. 63.

exportaciones. Debiera resultar claro ahora que el deseo de atesorar fue común a todos los mercantilistas por razones relativas a la función del comerciante en el proceso económico de la época. Sin embargo, lo que distingue a los mercantilistas que han sido llamados metalistas de todos los demás, es la diferencia de opinión acerca del mejor medio de alcanzar el fin que todos ellos deseaban, o sea el enriquecimiento del país por el aumento de su tesoro.

Las primeras ideas sobre este punto se remontan a mucho tiempo atrás y no tenían ninguna relación específica con el interés mercantilista. Su fin era conservar el acervo de metales preciosos de un país por la estricta reglamentación de sus movimientos a través de las fronteras nacionales, es decir, por la reglamentación del cambio monetario internacional. Admitido que los metales preciosos son los representantes más valiosos de la riqueza, es evidente la necesidad de una política que evite su exportación y fomente su importación. Las prohibiciones de exportar oro y plata datan ya de los tiempos medievales y persistieron hasta la época de la controversia mercantilista. En el siglo xiv el comercio exterior había progresado lo bastante para llamar la atención de los gobernantes sobre la relación que hay entre él y la cantidad de metales preciosos existentes en el país. Una ley de 1339 intentó obligar a los mercaderes de lana a traer determinada cantidad de plata por cada saca de lana que exportaran. Ricardo II, en respuesta a las quejas sobre la escasez de dinero, incluyó en la Ley de Navegación de 1381 la prohibición de exportar oro y plata. Se hizo una investigación a la que aportaron sus opiniones los encargados de la Casa de la Moneda. La parte más importante de la investigación fue la declaración de Ricardo Aylesbury, empleado de dicha casa, en la que se anticipó a los argumentos que posteriormente esgrimieron los mercantilistas acerca de la balanza de comercio, al dar el siguiente consejo para conservar la riqueza metálica del país: "Que no entren en el reino mercancías extranjeras por un valor mayor que el de las mercancías nacionales que salgan de él."²⁵

Pero esas ideas no reflejaban ni la opinión ni la práctica que entonces prevalecían. El método generalmente empleado para conservar los metales preciosos era todavía el medieval del control directo. Las prohibiciones de exportar metales y de importar artículos de lujo se completaron con la reinstauración del cargo

²⁵ A. E. Bland, P. A. Brown y R. H. Tawney, *English Economic History: Select Documents* (1933), p. 222.

de Cambista Real, al cual se sometían todas las operaciones cambiarias. Estas restricciones y reglamentaciones no lograron, sin embargo, detener por mucho tiempo el progreso del comercio internacional. Las actividades de los comerciantes encontraron maneras de hacer nulos los intentos de evitar las fluctuaciones de los precios, de los tipos de cambio y los movimientos de oro y plata. El crecimiento del comercio destruyó las bases sobre las cuales se habían fijado las alcabalas que imponían los funcionarios aduanales. La letra de cambio se convirtió en el principal instrumento de liquidación, y entonces surgió una clase nueva de financieros especializados en transacciones internacionales. Estos nuevos avances hicieron imposible el cumplimiento obligatorio de la reglamentación oficial. La desaparición del sistema de mercancías controladas hizo más difícil la vigilancia del comercio, y la creciente influencia de las compañías privilegiadas se advierte en el relajamiento de las prohibiciones para exportar metales preciosos, a fin de permitirles seguir ejerciendo su comercio. Por ejemplo, la carta fundacional de la Compañía de las Indias Orientales, de 1600, permitía la exportación de determinada cantidad de dichos metales en cada viaje a las Islas de las Especias.²⁶

Pero la expansión comercial del siglo xvi, con sus problemas de rivalidades nacionales en el campo comercial y los movimientos en gran escala de los metales preciosos, hubo de revivir el problema de la reglamentación. Se dio el nombre de metalistas a quienes proponían la restauración de las antiguas prohibiciones de exportación, el restablecimiento del cargo de Cambista Real y una reglamentación creciente de las operaciones de cambio exterior. El representante más destacado de esta escuela es Gerald Malynes. Ya hemos visto que readoptó la opinión de Wilson sobre la usura, lo cual parece que hizo como parte de un punto de vista un tanto medieval sobre los problemas sociales en general, porque creía en la estabilidad y armonía que sólo podía conseguir una república bien ordenada. No obstante vivir en el siglo xvii, puso en manos del estado la tarea de alcanzar esos fines. Su intervencionismo se refería, sobre todo, a las cuestiones económicas, entre las cuales consideraba como más importantes, además de la usura, el comercio exterior y la moneda extranjera. A pesar de lo que le preocupaba la usura, la consideraba sólo como síntoma de un mal mucho más profundo, o sea el de las transacciones cambiarias de los financieros particulares, que muchas veces eran usureros y elevaban los tipos de interés reduciendo el volumen de metales

²⁶ W. R. Scott, *The Constitution and Finance of English, Scottish and Irish Joint Stock Companies to 1720* (1910), vol. II, p. 93.

preciosos en el país.²⁷ Realmente, para Malynes, la moneda extranjera era el principal problema económico. Lo veía con mentalidad medieval y basaba el diagnóstico y el tratamiento sobre fundamentos éticos; pero, sacando provecho de las controversias monetarias del siglo anterior, que habían producido la Ley de Gresham, acertó a realizar un estudio claro, aunque limitado, de las causas próximas de los movimientos del oro, haciendo así progresar considerablemente la teoría del comercio internacional.

Malynes empezó por admitir la necesidad de la circulación nacional e internacional. Al igual que Hales, sostenía que, puesto que el comercio se inspiraba en el interés personal de los comerciantes, los gobiernos debían reglamentarlo a fin de asegurar el bienestar general. El dinero, decía, se inventó como medio de cambio y como medida común. La letra de cambio era la medida común en las transacciones internacionales, pero la habían corrompido con sus artimañas los financieros logrereros. El desarrollo de los cambios ilegítimos había destruido la verdadera paridad de las monedas extranjeras. Esta paridad era lo que ahora llamamos "paridad monetaria", es decir, la proporción de los valores de dos monedas basada en su contenido metálico. Los cambios que se hacían a base de esa proporción eran los únicos que correspondían al *par pro pari*, fundamento moral del cambio. Si la proporción variaba, el cambio implicaba una injusticia para una de las partes. Además, si los tipos de cambio eran estables, no habría movimientos de metales. Si el tipo de cambio se inclinaba a favor de un país, los metales preciosos no saldrían de él; pero si era inferior a la paridad, huirían al extranjero.

Hasta aquí Malynes había dado de la determinación del tipo de cambio de equilibrio una explicación que era bastante común en su tiempo. Había ido más lejos al señalar la conexión entre las desviaciones del tipo de equilibrio y los movimientos internacionales de metales, que más tarde se incorporó a la teoría del punto de oro.* Su análisis posterior, empero, es menos inteligente. Atribuye la posibilidad de las desviaciones del *par pro pari* a la existencia de dos formas ilegítimas de transacciones cambiarias. No está completamente claro lo que quieren decir su *cambio sicco* y su *cambio ficticio*.²⁸ Por sus ejemplos, parece que no son cosas diferentes de lo que hoy llamaríamos letra de

²⁷ C. Malynes, *Consuetudo* (1636), cap. ix, pp. 272-85.

* Tipo de cambio al cual saldar una deuda exterior en oro es igualmente barato que con divisas. [Ed.]

²⁸ *Ibid.*, cap. ix, p. 253. Véase también el análisis de Tawney en su introducción en *A Discourse upon Usury*, de Wilson.

favor (*accommodation bill*) (o letras financieras, como las ha llamado el profesor Tawney) y aceptaciones. En el caso de las primeras, un comerciante pide dinero a un financiero permitiéndole girar una letra sobre el corresponsal extranjero de aquél. Entonces, aunque no ha habido transacción comercial, se ha verificado una operación cambiaria. Por añadidura, las tasas de interés muy elevadas pueden ocultarse o disimularse. En el segundo caso, se hace uso del crédito de un banquero y de su agente extranjero para facilitar el intercambio entre comerciantes cuya posición no es sólida, que tendrían que pagar tipos de interés muy altos. El ataque de Malynes contra una operación que hoy es un lugar común financiero parece revelar su falta de conocimiento de la verdadera naturaleza del comercio exterior. Hemos de ver esto a la luz de la lucha general de los mercantilistas contra las finanzas, y también como un ejemplo del deseo de Malynes de limitar el comercio a unos pocos privilegiados con quienes competían los pequeños comerciantes con éxito cada vez mayor.

Malynes no profundizó hasta las causas últimas de las variaciones de las monedas extranjeras, aunque parece haber admitido que en parte eran afectadas por los movimientos de mercancías. Como lo demuestra su curiosa teoría de las razones que obligan a los comerciantes ingleses a vender barato en el extranjero, sus ideas sobre la conexión entre los tipos de cambio, el movimiento de metales, los precios y el comercio de mercancías, son erróneas. El remedio que Malynes propone es, asimismo, retrógrado. Las transacciones cambiarias deberían hacerse mediante el Cambista Real o cambiaría alguna otra persona autorizada por el rey. Toda transacción cambiaría por encima o por debajo del *par pro pari* (que debía declararse públicamente) debía prohibirse. Sería legítimo el cambio que se hiciera en esas condiciones, quedarían frustadas las artimañas de los financieros, los cambios serían estables y se conservaría el acervo metálico del reino.

Otros mercantilistas, como Misselden y Mun, atacaron esas opiniones y formularon otras más avanzadas. Ya Hales había afirmado: "Siempre debemos cuidarnos de no comprar a los extranjeros más de lo que les vendemos, pues de lo contrario nos empobreceríamos nosotros y les enriqueceríamos a ellos."²⁹ Y la aseveración de William Cecil de que "nada daña más al reino de Inglaterra que cuando entran en él mayor cantidad de mercancías de las que salen"³⁰ era un eco de la declaración de Aylesbury

²⁹ J. Hales, *A Discourse of the Common Weal of this Realm of England* (ed. Lamond, 1929), p. 63.

³⁰ R. I. Tawney y E. Power, *Tudor Economic Documents*, vol. II, p. 451.

en 1381. En 1616, cuando la práctica gubernamental se orientaba aún en la dirección de medidas monetarias, Bacon esperaba que se "cuidaría de que la exportación excediese en valor a la importación, pues entonces el saldo debería entregarse necesariamente en moneda o en metal".³¹ Así pues, al atacar el miedo injustificado de Malynes a los financieros, los mercantilistas posteriores pudieron apoyarse en opiniones ya existentes, aunque éstas se hubieran empleado en un tiempo para impedir el desarrollo del comercio exterior. Misselden y Mun llevaron los argumentos de los metalistas hasta explicar las causas últimas de los movimientos de los metales. Aunque su polémica, sobre todo en la forma que tomó en los escritos de Misselden, los enfrentó violentamente con el modo de pensar de Malynes, no negaron que existiera una relación entre el volumen de metales y los tipos monetarios de cambio. Simplemente, hicieron depender de la balanza del comercio de mercancías tanto los movimientos del metal como las fluctuaciones del tipo de cambio.

Representantes típicos de esta nueva actitud son tres escritores mercantilistas: Eduardo Misselden, Antonio Serra y Tomás Mun. El primero y el tercero eran prestigiados comerciantes ingleses de aquel tiempo; uno, socio destacado de los Mercaderes Aventureros, y el otro, de la Compañía de las Indias Orientales. De Serra, natural de Cosenza, se sabe muy poco.

Misselden (activo 1608-54) contribuyó con dos publicaciones importantes a la guerra de folletos: *Free Trade, or The Meanes to Make Trade Flourish*, etc., publicado en 1662, y *The Circle of Commerce*, publicado el año siguiente y notable, particularmente, por el hecho de ser la primera publicación en que aparece la expresión "balanza comercial".³² (Francis Bacon había usado la expresión con anterioridad, pero no apareció impresa hasta mucho después.) Como a la mayor parte de los mercantilistas, a Misselden lo impulsó a teorizar el deseo de proporcionar un trasfondo a las políticas dirigidas a fomentar los intereses que él representaba. En su primer libro, el interés personal es muy manifiesto. Deseaba, como hemos visto, limitar el comercio al mundo cristiano, ya que el comercio oriental sacaba del país dinero que no regresaba. El ataque a la Compañía de las Indias Orientales no fue nada velado, pues Misselden culpaba en seguida a su rival comercial de ser la causante, en gran parte, de la depresión del comercio.³³ Como podíamos esperar de un socio prominente de los Comerciantes Aven-

³¹ Citado en Heaton, *Economic History of Europe* (1936), p. 368.

³² J. Viner, *Studies in the Theory of International Trade* (1937), pp. 8 ss.

³³ E. Misselden, *Free Trade, or the Meanes to Make Trade Flourish*, pp. 13-14.

tureros, no era contrario, en general, a las compañías comerciales privilegiadas; al contrario, pensaba que nada sería más dañoso al bienestar general que el comercio no reglamentado. Era contrario al monopolio comercial y partidario de lo que ahora llamaríamos oligopolio. En este punto, compartía una opinión muy difundida entre los mercantilistas.³⁴

En su segundo libro no prosiguió Misselden el ataque contra la Compañía de las Indias Orientales; se había asociado a sus negocios, para este tiempo. También puede decirse que cuando escribió *The Circle of Commerce* apreciaba mejor los intereses generales que, en el fondo, consideraba más importantes, y dejó de representar un estrecho interés personal. Aunque en *Free Trade* aún había echado su ancha red en busca de explicaciones de la depresión comercial, en su segundo folleto concentró su atención en la balanza comercial. Los tipos de cambio —decía— se establecían de la misma manera que los precios de todas las demás mercancías. Hay un precio que está determinado por la "bondad" de la mercancía; pero el vigente en un momento dado puede ser mayor o menor que ése, variable de acuerdo con las estimaciones del comprador y del vendedor. Análogamente, hay precios de las monedas, determinados por la "bondad" del dinero, o sea por su paridad monetaria. Pero los tipos pueden fluctuar en torno de este punto de equilibrio "de acuerdo con las posibilidades de ambas partes",³⁵ o sea de acuerdo con la oferta y la demanda. Los cambios no eran las causas de los movimientos de metales, como había sostenido Malynes, puesto que ellos mismos estaban determinados por el volumen del comercio exterior.

Misselden rechazó el remedio de Malynes. Argumentaba que, para asegurarse de que el comercio era lucrativo, se hacía necesario conocer primero la relación entre importaciones y exportaciones. Deberían hacerse cálculos y moldear el comercio de la nación "en la 'balanza comercial' que nos revelaría las diferencias de peso en el comercio de un reino con otro".³⁶ Una vez hecho esto, la política del estado debería tender a lograr una balanza comercial favorable y evitar una desfavorable, pues con el excedente de exportaciones el país recibiría tesoro y se enriquecería. Habría que fomentar las exportaciones y emplear a los pobres en la producción de artículos para exportar. Al mismo tiempo, se desalentarían las importaciones, en especial las de artículos de lujo, y asimismo se fomentaría la industria pesquera

³⁴ E. F. Heckscher, *op. cit.*, vol. I, pp. 270-76.

³⁵ E. Misselden, *The Circle of Commerce* (1623), p. 98.

³⁶ *Ibid.*, pp. 116-17.

para que Inglaterra dependiese menos del suministro de alimentos del extranjero.

Un tanto análogas a las de Misselden, y nacidas también por necesidades polémicas, son las opiniones que Antonio Serra expuso en su *Breve Trattato*.³⁷ Empieza señalando los medios por los que un país que no posee minas de oro ni de plata podría obtener un acervo abundante de metales preciosos. El primer conjunto de medios eran los peculiares a un país individualmente considerado, tales como un excedente de productos nacionales que pudieran exportarse a cambio de metálico, y la situación geográfica, que puede dar a un país ventajas en el comercio de transporte o intermediario. En cuanto a los medios comunes a todos los países, distinguía cuatro: "cantidad de industria, calidad de la población, operaciones comerciales extensas y reglamentaciones por el soberano".³⁸ El primero es una anticipación significativa de la importancia que después se atribuiría de un modo general a la manufactura. Serra decía que la industria era superior a la agricultura porque no depende del tiempo que haga, porque podía ser multiplicada, porque tenía un precio más seguro en el mercado, ya que sus productos no son perecederos y, en fin, porque las ganancias que reporta son mayores que las de la agricultura. El segundo, la calidad de la población, dependía de la diligencia, el ingenio y el espíritu de iniciativa. El tercero era, por lo general, resultado del factor particular de una situación geográfica favorable. Esta hace que una comunidad se entregue al comercio, lo que produce mucho dinero, porque "el comercio no puede ejercerse sin ella".³⁹ La política del soberano también podía ayudar o estorbar en gran medida a la adquisición de riqueza.

Después de exponer sus ideas generales sobre cuestiones económicas, Serra pasa a examinar la relación entre los tipos de cambio y la cantidad de metálico que hay en el país. Aunque su exposición es un tanto enredada, logra demostrar que la teoría de que los tipos de cambio altos impedirán la entrada de metálico en el país y estimularán su salida, no ofrecía una explicación completa. Son los "artículos extranjeros que el país necesita... los culpables de la escasez de dinero, no el tipo elevado de cambio".⁴⁰ Serra rechaza por inútil la prohibición de exportar dinero. Nadie —dice— exporta dinero sin algún propósito. Si el dinero

³⁷ A. E. Montrose, *op. cit.*, pp. 145-67.

³⁸ *Ibid.*, p. 146.

³⁹ *Ibid.*, p. 150.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 158.

sale al extranjero para pagar importaciones que son reexportadas, dejará una utilidad y, en definitiva, aumentará el acervo de metales preciosos.

4. TOMÁS MUN

Tomás Mun (1571-1641) empleó años más tarde el mismo razonamiento, pero lo desarrolló con más lucidez. Sederø londinense, próspero, con experiencia comercial en Italia y Levante, en 1615 se ligó íntimamente con la Compañía de las Indias Orientales, de la que fue director hasta su muerte. La Compañía era atacada a causa de su privilegio para exportar 30 000 libras de metales preciosos en cada viaje (siempre que reimportara esa cantidad en un plazo de seis meses). Para defender a su Compañía escribió Mun *A Discourse of Trade from England into the East Indies* (1621).⁴¹ El razonamiento de este libro es muy primitivo, si se le compara con la obra posterior que hizo famoso a Mun. No disminuló su objetivo principal. Su único propósito era exculpar a la Compañía de las Indias Orientales de la acusación de que estaba sacando numerario del país, y en su defensa dijo que el comercio que ella hacía atraía al país más tesoro que todos los demás comercios juntos. Señaló que no exportaba todo el metálico a que estaba autorizada, que había abaratado el comercio con la India suprimiendo los intermediarios turcos, y que introducía materias primas para las manufacturas inglesas; pero su principal argumento en favor de la Compañía era que sus reexportaciones le permitían devolver al país tanto metálico como el que había exportado y más aún. Todavía hay en este libro una huella de la lucha contra los financieros en que se había empeñado Malynes, pues Mun atribuye a las tareas de los financieros las pérdidas de cierta cantidad de metálico.

Mun escribió en 1630 su libro *Englands' Treasure by Foreign Trade* y lo publicó póstumamente su hijo en 1664.⁴² En esta obra

⁴¹ Véase la reimpresión (Facsimile Text Society, Nueva York, 1930). En un capítulo con que colaboró en el *Anti Dühring* de Engels, Marx ataca a Dühring por haber hecho a Serra el líder del pensamiento mercantilista, y reserva este puesto muy justamente para Mun, cuyo análisis no sólo era mucho más inteligente que el de Serra, sino que además, su segundo libro le ganó inmediatamente una autoridad universal. No obstante, se equivoca Marx cuando dice que el *Discourse* de Mun apareció en 1609, cuatro años antes que el *Breve Trattato* de Serra. El discurso fue publicado en 1621 y no pudo haber sido escrito antes de 1615, año en que Mun entró en la Compañía de las Indias Orientales.

⁴² Véase la reimpresión (Economic History Society, 1928). Se encontrará un

encuentran su expresión más plena las ideas del capitalismo comercial, y al comerciante se le asigna un lugar muy elevado en la comunidad. Se dan preceptos para perfeccionar al comerciante, y se señala el comercio exterior como el medio para enriquecer a un país. Quizá fue esto lo que llevó a Adam Smith a citar equivocadamente el libro de Tomás Mun. Mun toma de Misset den el concepto de balanza comercial, pero añade otro que es aún más importante y que revela su penetración en la naturaleza del capitalismo comercial. En efecto, añade el concepto de "capital" (*stock*). Ya no habla únicamente de riqueza ni confunde dinero y capital. Distingue con claridad una porción de riqueza, que generalmente toma la forma de dinero que debe emplearse como "capital", es decir, de manera que rinda un excedente. El comercio exterior era la manera típica de la época y del hombre. En una famosa analogía que Adam Smith destacó en una cita, Mun com para el comercio exterior con una manera más antigua de crear un excedente: "Así, si contemplamos los actos de un labrador en la siembra, cuando arroja el grano abundante y bueno en la tierra, lo tomamos más bien por un loco que por un labrador; pero cuando pensamos en su tarea en la época de la cosecha, que es el final de sus esfuerzos, descubrimos el mérito y pingüe producto de sus actos."⁴³ Vemos aquí que el alegato especial del director de la Compañía de las Indias Orientales se ha refinado y tomado un carácter general: se ha convertido en una explicación de la ubicación del comercio en la economía.

El capital —dice Mun— se emplea atinadamente en el comercio exterior cuando logra una balanza comercial favorable; éste es el único medio de traer tesoro a Inglaterra, país que no tiene minas propias. Las importaciones y el consumo interior de los artículos importados deben restringirse, y fomentarse las exportaciones y reexportaciones.

En relación con las ventas en el extranjero, Tomás Mun sigue la doctrina de "lo que pueda soportar el tráfico". Para las mercancías en que Inglaterra tiene casi un monopolio, hay que recargar los precios, mientras que para las otras los precios han de ser suficientemente bajos para competir con las rivales; pero nunca deben ser tan altos, que desalienten las ventas. Tampoco

excelente análisis de esta obra en E. A. J. Johnson, *Preddecessors of Adam Smith* (1937), pp. 77-89. El Fondo de Cultura Económica ha publicado el ensayo de Johnson al frente de su edición de *La riqueza de Inglaterra por el Comercio Exterior*, trad. de Samuel Vasconcelos, México (1954).

⁴³ T. Mun, *La riqueza de Inglaterra por el Comercio Exterior*, FCE, México, 1945.

es acertado vender barato para eliminar a los competidores y, una vez conseguido, elevar los precios con exceso. Ha de concebirse una política de precios que aleje cuanto sea posible a los competidores. Mun también se da perfecta cuenta de la existencia de un comercio invisible. Recomienda con ahínco que el comercio inglés se haga sólo con barcos ingleses, pues con ello se obtendrá "la ganancia del comerciante, de los gastos de seguros y del flete de transporte marítimo".⁴⁴

England's Treasure es una síntesis clara y un progreso de las teorías mercantilistas más avanzadas, aunque muchas de las ideas que contiene siguen siendo oscuras. En su teoría del dinero, por ejemplo, no logró Mun del todo sobrepasar a sus compañeros mercantilistas. Aunque conocían algo parecido a una teoría cuantitativa de la moneda, legado de Oresme y de Bodino que reapareció en Hales y Malynes, ninguno de los mercantilistas logró nunca plenamente sacar de ella una teoría de los precios internacionales. Su miedo a la falta de metálico les llevaba, en el mejor de los casos, a una apreciación unilateral de la relación entre el nivel de precios de los diferentes países y sus respectivos comercios. Sabían que si Inglaterra tenía poco dinero, los precios bajaban y concluían que, en su comercio con un país rico en dinero, Inglaterra tendría que vender barato y comprar caro,⁴⁵ perdiendo así su ganancia mercantil y teniendo probablemente que reducir más aún su existencia de metálico. Éste era el callejón sin salida a que fueron conducidos los mercantilistas; a los economistas clásicos les estaba reservado relacionar los precios, la existencia de metálico, los tipos de cambio y la balanza comercial en una teoría comprensiva del comercio internacional.

Mun parece haberse dado cuenta vagamente de que los precios altos creados por la abundancia de dinero pueden tener un efecto adverso en la balanza comercial. Evidentemente, deseoso todavía de defender el comercio con las Indias Orientales, sostenía que el retener el metálico en el país en vez de usarlo en el comercio exterior, era perjudicial...: "todo el mundo está conforme en que la abundancia de dinero en un reino hace los artículos domésticos más caros, cosa esta que va en provecho de las rentas de algunos particulares, y directamente en contra del beneficio del público en la cantidad del comercio, pues como la abundancia de dinero hace los artículos más caros, así los artículos caros disminuyen en uso y consumo... Aunque ésta es una lección muy

⁴⁴ *Ibid.*, p. 61.

⁴⁵ E. F. Heckscher, *op. cit.*, vol. II, pp. 238-43.

difícil para que la entiendan algunos grandes terratenientes, sin embargo, estoy seguro de que es una lección verídica que debe ser observada por todo el país, a menos que cuando hayamos logrado alguna acumulación de dinero por el comercio, lo perdamos de nuevo por no traficar con nuestro dinero."⁴⁶ Pero no pasó de ahí. En su deseo de granjearse a los terratenientes, inmediatamente señala la manera como el comercio podía traerles ventajas: "Porque cuando el comerciante tiene buenos mercados en ultramar para sus telas y demás mercaderías, vuelve a comprarlas en seguida en mayor cantidad, con lo que sube el precio de la lana y de otros artículos, y, en consecuencia, mejoran las rentas de los terratenientes, ya que los contratos de arrendamiento expiran todos los días; y como también por este medio se gana dinero, y entra en el reino con más abundancia, permite a muchos hombres comprar tierras, lo que las hará subir de precio."⁴⁷ A pesar de su zigzagueo, que al fin termina en un callejón sin salida, Mun revela aquí penetración mucho mayor que otros pensadores de su época.

Es muy sorprendente el análisis de Mun de la distribución de las existencias mundiales de metales preciosos entre los diferentes países. En el capítulo vi del libro examina las causas de que España perdiera su tesoro y concluye que, aparte de la guerra, el metálico salía de España porque importaba mucho del extranjero. "La incapacidad de los españoles para proveerse de mercancías extranjeras con sus mercancías nativas" les obligaba "a satisfacer esta carencia de dinero".⁴⁸ Esta causa operaba también en otras partes: "Todas las naciones [que no tienen minas propias] se enriquecen con oro y plata por este único e idéntico recurso que es, como ya se ha demostrado, el equilibrio de su comercio exterior." Así pues, tengan o no tengan minas los países, la balanza de su comercio determina "la manera de ganar como por la proporción de la ganancia anual"⁴⁹ del acervo mundial de metales preciosos.

Otra señal de la posición avanzada de Mun en el pensamiento de su época es el hecho de que en toda su obra se manifiesta una consideración mucho menor por la acumulación de metales preciosos por sí mismos, que en otros escritos mercantilistas. Mun reconoce de palabra, como era tradicional, la necesidad del tesoro como reserva para casos de emergencia y como "nervio de la guerra"; pero insiste constantemente en la importancia primordial del comercio, para el cual el dinero es sólo un medio. Aun respecto

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 72-73.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 77.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 79.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 81.

de la reserva, que tiene el príncipe para la guerra, no deja de señalar que es útil sólo "porque provee, une y mueve el poder de los hombres, las vituallas y municiones donde y cuando la ocasión lo requiere; pero si estas cosas faltan en el momento necesario, ¿qué haremos entonces con nuestro dinero?"⁵⁰

Sobre otros asuntos, las aportaciones de Mun al pensamiento económico no son importantes. Se une a escritores anteriores para atacar la adulteración de la moneda y repite (en forma menos precisa) el análisis de Hales sobre la redistribución de la riqueza causada por la adulteración. Condena que "se tolere la circulación en el país de monedas extranjeras a tipos más elevados que su valor respecto de nuestro propio patrón", como método para acrecentar el tesoro. Esto hará que los otros países tomen represalias; producirá una distribución injusta de la riqueza, y, si la diferencia es grande, producirá la salida de tesoro. Las represalias son también un peligro que lleva a Mun a oponerse a la disposición que exige a los extranjeros gastar el producto de sus exportaciones a Inglaterra en la compra de mercancías inglesas. Una restricción de ese género impuesta a los comerciantes ingleses sería desastrosa, advierte el director de la Compañía de las Indias Orientales. Lo que en realidad desea Mun, como otros mercantilistas avanzados, es la libertad de comercio, pero limitada a las compañías reglamentadas.

Las pocas palabras que Mun dedica en su libro a las rentas y gastos del soberano, son dignas de notarse sólo por sus opiniones en materia de impuestos y sobre el límite a la acumulación que fija el príncipe. Este límite, dice Mun, lo fija la cantidad de tesoro que la balanza comercial favorable llevó al país. Una acumulación mayor privaría al comercio de su capital. "Pues si [el príncipe] acumulara más dinero del que se gana por el excedente de la balanza de su comercio exterior, no *despojará* sino que *arruinará* a sus súbditos, y así, con su ruina, se derribará a sí mismo por falta de futuros esquilmos... Todo el dinero de ese estado irá prontamente a parar al tesoro del príncipe, por lo que la vida en los campos y en las manufacturas decaerá."⁵¹ Sobre el primer punto, aunque Mun considera todos los impuestos como "una multitud de gravámenes", cree que son necesarios. Se anticipa a una teoría posterior de los salarios cuando dice que los impuestos indirectos no son "tan perjudiciales a la felicidad del pueblo como se cree frecuentemente, pues así como la comida y el vestido

⁵⁰ *Ibid.*, p. 131.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 128-129.

del pueblo se encarece por los impuestos sobre de consumo, así el precio de su trabajo sube en proporción."⁵²

El único punto restante de importancia que trató Mun es la diferenciación entre balanzas comerciales "generales" y "particulares". Mun hace uso de ella en su polémica contra la teoría de Malynes sobre las divisas o moneda extranjera. Al afirmar que lo que determina los tipos de cambio es la balanza comercial, demuestra que el intercambio con un país determinado depende de la balanza comercial con el mismo, mientras la situación de los cambios en general depende de la balanza comercial total.⁵³ Sin embargo, más importante que el argumento de Mun contra Malynes es el hecho de que adopte una posición avanzada en una controversia que tuvo gran importancia en aquel tiempo. El objeto de los primeros sistemas para reglamentar el comercio exterior consistía en lograr balanzas particulares favorables. Las importaciones que hacía Inglaterra de cada país tenían que equilibrarse con sus exportaciones al mismo, y hasta se hicieron intentos por equilibrar el comercio de cada comerciante inglés. Esta idea de un "balance de contratos", como la llamó Ricardo Jones,⁵⁴ perduró hasta el siglo xvii. Como resultado de la teoría mercantilista, se prestó mayor atención a las estadísticas de comercio, pero la política siguió interesándose todavía por las balanzas particulares.

El Parlamento exigió al Ministerio de Comercio que examinara cuidadosamente la balanza comercial con cada país y que propusiera los medios para corregir las que resultaran desfavorables y hacerlas favorables. Toda la política comercial, con su complicado sistema de tratados, restricciones y devoluciones, se ideó teniendo por norte esa finalidad. Condujo a considerar a Francia y a Suecia malos clientes. La primera vendía a Inglaterra una gran cantidad de artículos de lujo, y la segunda, hierro y madera; pero ninguna de las dos le compraba mucho. Por lo tanto, se había desalentado el comercio con ellas. Por otra parte, España poseía grandes cantidades de metales preciosos, y como carecía de industrias, tenía que importar artículos de Inglaterra. El comercio con Portugal se veía con especial satisfacción: se cambiaban paños por vino. Todavía en 1703, este modo de considerar el comercio exterior encontró expresión práctica en el Tratado de Methuen, que excluía casi del todo el vino francés en favor del portugués.

Mun y Child, inspirados por la experiencia que tenían del co-

⁵² *Ibid.*, p. 122.

⁵³ *Ibid.*, pp. 109-110.

⁵⁴ R. Jones, "Primitive Political Economy in England", en *Edinburgh Review*, enero-abril de 1847, p. 428.

mercio con las Indias Orientales, se esforzaron por llamar la atención sobre los problemas de la balanza general más bien que hacia los de las particulares. El bosquejo que hizo Mun de todas las cosas que debieran tomarse en cuenta para formar la balanza comercial, "la verdadera norma de nuestra riqueza",⁵⁵ demuestra que tenía una idea muy avanzada de cómo debían hacerse las cuentas internacionales. Child afirmó también que la ganancia o pérdida verdaderas que una nación obtenía de un comercio determinado no se podían precisar teniendo en cuenta únicamente ese comercio.⁵⁶ Pero aunque los expositores del argumento de la balanza comercial vencieron a los metalistas (la prohibición de exportar metales fue derogada en Inglaterra en 1663), no tuvieron éxito en su otra campaña. La teoría de la balanza comercial fue empleada durante mucho tiempo en apoyo de rígidas restricciones y formó parte importante de la teoría sobre la que se basó el sistema colonial.

Sin embargo, las bases de la reglamentación del comercio empezaron a cambiar gradualmente. En vez de inspirarse en el deseo de obtener una balanza favorable que trajera tesoro al país, tomaron un carácter proteccionista el fomento de las exportaciones y la restricción a las importaciones. La creación de fuentes de trabajo y ocupación, y el fomento de las industrias, una cosa y otra como fines en sí mismos y como medios para fortalecer al país, se convirtieron en los objetivos de la política del estado. La transición a esta última fase mercantilista no fue súbita. El profesor Heckscher cita ejemplos del argumento en pro de la creación de fuentes de trabajo con fines proteccionistas en el siglo xv en Florencia y algunos escritos ingleses de hacia 1530.⁵⁷ Hales, como hemos visto, se oponía a la exportación de materias primas inglesas porque privaba de trabajo a los obreros ingleses. Serra había subrayado las ventajas de tener manufacturas nacionales florecientes, y en los escritos de los mercantilistas ingleses el argumento de la ocupación se hizo más frecuente a fines del siglo xvii.

La importancia concedida al tesoro (ya algo disminuida por Mun) se redujo más aún, y aunque el comercio pueda ser todavía alabado en términos extravagantes, el interés mayor pasó a la industria nacional como verdadera fuente de riqueza. Ejemplo interesante de esta tendencia lo encontramos en los escritos de D'Avenant, quien, aunque mercantilista, no era comerciante, y cuyos escritos contienen siempre una mezcla de argumentos viejos

⁵⁵ T. Mun, *op. cit.*, p. 146.

⁵⁶ J. Child, *op. cit.*, p. 153.

⁵⁷ E. F. Heckscher, *op. cit.*, vol. II, pp. 122-23.

y nuevos. Después de elogiar a los comerciantes que enriquecen al país, se ve, sin embargo, obligado a decir, en su *Discourses on the Public Revenues* (1698), que si bien el oro y la plata son la medida del comercio, la fuente y origen de éste son, en todas partes, los productos naturales y artificiales de los países, "es decir, lo que producen su tierra y sus industrias".⁸⁸ Ya antes había expuesto Josiah Child una teoría de la economía colonial basada exclusivamente en el argumento de la ocupación.⁸⁹ Admitía que la colonización en general podía tener efectos perjudiciales, ya que implicaba emigración. Como todos los mercantilistas de la época, Child tenía mucho la pérdida de población, palabra ésta que parecía llevar consigo la idea de ocupación. En los tiempos que precedieron a la introducción de maquinaria en gran escala, una fuerza de trabajo escasa significaba una producción baja; y esto, en una época en que el comercio exterior iba dependiendo cada vez más de las manufacturas nacionales, equivalía a reducir las exportaciones. Sin embargo, creía Child que los males de la colonización podían ser mitigados obligando a las colonias a limitar su comercio a la madre patria. Hecho esto, la emigración, después de todo, podía traer alguna ventaja, pues crearía más trabajo en el país.

En cuanto a las colonias en América, Child no pensaba que sólo fueran perjudiciales. Era dudoso que, aun sin colonias, los que emigraban hubieran permanecido en Inglaterra. Los puritanos se habrían ido a Holanda y Alemania. Entre los demás, había muchos pícaros y delincuentes que, si hubieran permanecido en el país, habrían sido ahorcados. Y lo más importante era que en las plantaciones de las Indias Occidentales cada inglés tenía diez nativos trabajando a sus órdenes, y así producía más de lo que hubiese producido en su patria. Y la demanda agregada de esos once hombres (sólo uno de los cuales era emigrante) darían trabajo por lo menos a cuatro hombres en Inglaterra. Por otra parte, Nueva Inglaterra no era una colonia útil, porque en ella los emigrantes no daban trabajo quizá ni siquiera a un solo trabajador en la madre patria. Así pues, el valor de las colonias dependía de su capacidad para actuar como mercados exclusivos de las manufacturas de la madre patria, para suministrar en cambio materias primas y otros productos que de otra manera habría de comprar a países extranjeros, y para constituir depósitos de mano de obra barata.

⁸⁸ C. D'Avenant, *The Political and Commercial Works* (1771), vol. 1, p. 354.

⁸⁹ J. Child, *op. cit.*, pp. 212-26.

El uso de argumentos como éstos, tanto en relación con la política colonial como para apoyar un sistema de protección total, revela, por un lado, hasta qué punto se había desarrollado el comercio, y por otro, las dificultades teóricas a que se enfrentaron los últimos mercantilistas. Desde el punto de vista del comercio exterior únicamente, los mercantilistas fueron, según hemos visto, impulsados cada vez más a pedir una libertad de comercio cada vez mayor. La decadencia de la fe en la intervención del estado, que estudiaremos en el capítulo siguiente, empezó ya con algunos de los últimos escritores mercantilistas. D'Avenant, por ejemplo, pensaba que el comercio es libre por naturaleza y que "las leyes promulgadas para regularlo... rara vez son ventajosas para el público".⁹⁰ Pero el desarrollo de la industria y el carácter cambiante del comercio les hicieron buscar argumentos que condujeran al aumento más bien que a la disminución de la reglamentación por parte del estado.

En la práctica de los gobiernos a fines del siglo xvii y en la mayor parte del xviii, son manifestos el proteccionismo total y la reglamentación por el estado. En aquel tiempo, se estaban echando los cimientos de la industria moderna. Los métodos usados eran las alcabalas o los embargos sobre las importaciones, prohibiciones de exportar herramientas y obreros especializados, el fomento de las importaciones de materias primas o de su producción en el país, la inspección sobre la calidad de los productos y los subsidios a quienes establecían industrias nuevas. Podía subsistir aún el interés por los problemas puramente comerciales. Las Leyes de Navegación podían proponerse aún no sólo fortalecer la armada real, sino también aumentar la ganancia mercantil del país limitando el negocio de transportes a los barcos nacionales. Pero el verdadero significado del desarrollo de la reglamentación industrial y comercial en escala nacional durante los cien años que precedieron a la *Riqueza de las naciones*, se encuentra en el nacimiento del capitalismo industrial. La teoría y la política mercantilista ya habían realizado su labor. Habían abolido las restricciones medievales y contribuido a crear estados nacionales unidos y poderosos. Estos, a su vez, se convirtieron en potentes instrumentos para fomentar el comercio hasta que el capitalismo incipiente se convirtió en capitalismo industrial plenamente maduro. En países como Inglaterra y Francia, donde este proceso se concluyó primero, el poder del estado fue al mismo tiempo aplicado a un nuevo uso. Tuvo que ayudar a la industria a conseguir

⁹⁰ Citado por Heckscher, *op. cit.*, vol. II, p. 322.

la supremacía económica. Pero no desaparecieron las antiguas ideas mercantilistas. Hasta los días presentes han venido reapareciendo de vez en cuando y en diversas formas, y algunas veces hasta se les ha recibido con entusiasmo como verdades viejas redescubiertas y curiosamente apropiadas, según se cree, a las condiciones modernas.

III. LOS FUNDADORES DE LA ECONOMÍA

1. LOS FILÓSOFOS POLÍTICOS

EN EL SIGLO XVIII se aceleró notablemente el desarrollo del capitalismo industrial moderno. Su teoría, contenida en las obras de los economistas clásicos, llegó a su madurez en el período de cuarenta años que van de *La riqueza de las naciones* de Smith a los *Principios* de Ricardo; pero sus raíces se remontan a casi dos siglos antes. Cuando menos tres corrientes de pensamiento acompañan a la transición del capitalismo comercial al industrial y, juntamente con ese desarrollo económico, contribuyeron a moldear la teoría clásica. La primera es filosófica: el desarrollo del pensamiento político desde su origen canónico hasta el radicalismo filosófico. Hemos visto ya los comienzos de la segunda: es el progreso del pensamiento económico inglés a partir de los últimos mercantilistas. El tercer pilar de la economía política es de origen francés: el sistema fisiocrático que desarrollaron un conjunto de pensadores de la Francia del siglo XVIII. La primera de estas aportaciones ha sido expuesta con mucha frecuencia y su historia se encuentra en tantos libros de texto, que aquí sólo es necesario esbozarla. La liberación del pensamiento de la dominación de la Iglesia condujo al desarrollo del mercantilismo, aunque a lo último se volvió contra la teoría y la práctica mercantilistas. Ya hemos visto cómo el progreso económico destruyó la autoridad de la Iglesia en materias terrenales. La actividad económica se realizaba cada vez menos de acuerdo con las leyes teológicas de lo que "debiera ser", y aunque el pensamiento económico también tendía a hacerse positivo, los primeros mercantilistas deseaban aún conservar el elemento normativo; en sus escritos están inextricablemente unidos el análisis de lo que es y los preceptos de lo que debiera ser. La emancipación del pensamiento político de la teología es, sin embargo, más radical.¹

Algunos de los pensadores a quienes se debió dicha emancipación se interesaron también en materias económicas. Bodino, por ejemplo, a quien ya hemos conocido como economista preclaro, fue uno de los que fundaron "la investigación del problema social en la relación del hombre con el hombre y ya no en la relación

¹ Véase Christopher Hill, *Puritanism and Revolution* (1958) *Society and Puritanism in Pre-revolutionary England* (1964); y C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism to Locke* (1962).

del hombre con Dios".² Pero el principal efecto de los métodos nuevos recayó sobre la teoría del estado. En esta dirección fue Maquiavelo quien ejerció la mayor influencia. Pudo observar la decadencia de la sociedad medieval en el ambiente quizá más favorable, el de la Italia del siglo xvi. Allí tomaron las formas más violentas la sustitución de la autoridad eclesiástica por la secular y la lucha por la unidad nacional. La dirección de la política se hizo dependiente de la falta de escrúpulos en el uso de todos los medios del poder terrenal. Sólo la fuerza bruta combinada con la intriga y el oportunismo podían darle el poder a un príncipe y permitirle conservarlo. Aunque era una experiencia que todos compartían, fue el genio de Maquiavelo el que hizo de la situación política de su tiempo el punto de partida de un método nuevo para estudiar las cuestiones sociales y políticas. En un pasaje muchas veces citado vitupera a los que habían tratado de establecer una república ideal a su capricho. Hay que darse cuenta —decía— de la gran diferencia entre el hombre tal como es y tal como debería ser; querer ser virtuoso en un mundo habitado por tantos que carecen de virtud, es correr a la ruina. Por lo tanto, en su estudio de las acciones de un príncipe sensato, dice que la necesidad, y no la virtud, es la guía.³ Maquiavelo fue culpable de muchos errores. No tenía idea de las fuerzas complejas que moldean la historia; el desarrollo social era, para él, obra exclusiva de los grandes hombres. Su protesta contra lo ético fue tan violenta que estaba llamada a provocar una reacción. Redujo al mínimo el poder de las ideas tradicionales sobre la conducta recta, y pensó sólo exclusivamente en términos de los principios de la Italia del Renacimiento. No pudo prever el nacimiento de una nueva disciplina ética, no teológica, que iba a seguir ejerciendo alguna influencia sobre el pensamiento económico. Sin embargo, su influencia fue inmensa, no obstante la oposición inicial que encontró. Desde entonces, la filosofía social se basó en cimientos racionales y positivos.

La visión de Bodino fue aún más amplia quizá. Le impresionó también el problema de la autoridad que suscitaron la decadencia del poder de la Iglesia, las guerras religiosas y la lucha de las unidades civiles en conflicto. En *Los seis libros de la República* (1576) sentó las bases de la teoría relativa a la necesidad de una autoridad soberana central. Quería que ésta fuese secular. En otras palabras, deseaba el estado soberano moderno, que iba a

² H. J. Laski, *The Rise of European Liberalism*, p. 19. [El liberalismo europeo, p. 18 trad. de Victoriano Miguélez, México, rce, 4ª reim. (1974).]

³ *El Príncipe*, *passim*.

ser fuente de todo derecho y de todo orden. Pero advertía los peligros de la autoridad ilimitada.⁴ Pensaba que la ley divina y la natural prescribían los límites máximos del poder del estado. La importancia que concedía al derecho de propiedad privada, así como su creencia en la utilidad de la libertad de comercio que ya hemos mencionado, revelan que percibía una antítesis posible entre el estado y la sociedad y que buscaba una teoría que concediese lugar al consentimiento de los súbditos a los actos de autoridad.⁵ Fue, pues, un precursor del liberalismo en un sentido mucho más directo que los filósofos jusnaturalistas del siglo xvii.

No obstante diferencias muy importantes, la Inglaterra del siglo xvi presenció una revolución espiritual análoga a las de Italia y Francia resumidas en Maquiavelo y Bodino. Las fuerzas que dieron preponderancia al comercio estaban liberando a la mente de los hombres de las trabas de las creencias consagradas y abriendo una nueva época de especulación y experimentación. Los nuevos modos de vida presentaban problemas nuevos en casi todas las ramas de la ciencia, y los científicos empezaron a darles solución, ya se inspirasen directamente en las necesidades de un comercio creciente, o sólo indirectamente mediante el gusto general por el nuevo racionalismo empírico. Se lograron progresos asombrosos en astronomía, matemáticas, física y óptica, así como en ciencias biológicas y medicina. Su gran monumento, a pesar de todos los intereses teológicos y hasta místicos de su autor, fueron los *Principios* de Newton.⁶ Lessing dijo muy bien de ellos:

La antigüedad nos avergonzará siempre con Homero y de la gloria de nuestros tiempos tendrá que encargarse Newton.⁷

Pero entre los pensadores sociales de ese siglo y del siguiente, ninguno expresó mejor el espíritu de la época ni tuvo más im-

⁴ H. J. Laski, *op. cit.*, pp. 41-42.

⁵ *Ibid.*, p. 42.

⁶ El profesor Hessen, en su artículo "Economic and Social Roots of Newton's Principia", en *Science and Cross Roads* (ed. Bukharin, 1931), ha hecho un análisis interesantísimo de la relación de los descubrimientos de Newton con las necesidades económicas del capitalismo comercial, con cuya tesis general puede estar completamente de acuerdo. Sin embargo, el profesor G. H. Clark ha podido demostrar ("Social and Economic Aspects of Science in the Age of Newton", en *Economic History*, vol. iii, pp. 362 ss., y *Science and Social Welfare in the Age of Newton*, 1937) que algunas conclusiones de Hessen se basan en fundamentos muy débiles.

⁷ G. E. Lessing, *Sämtliche Werke* (1836), vol. i, p. 243.

portancia para el progreso subsiguiente que Bacon. Sentó los fundamentos filosóficos de la ciencia experimental, y aplicó al estudio del hombre y de sus sociedades el método de investigación racional de las ciencias naturales. Con la misma visión práctica de Maquiavelo, con quien compartió el franco deseo de poder, Bacon dio el *imprimatur* filosófico a la autoridad del estado. Su misma tolerancia respecto de la Iglesia, a la que consideraba como un instrumento útil en manos de un estado poderoso, revela hasta qué punto se había liberado de los residuos del medievalismo. Quizá sus elogios al monarca se inspiraban en el deseo de medro personal, mas no por eso dejaban de ser el reflejo sincero de su creencia fundamental en la autoridad secular. Pensaba que la monarquía era una institución natural, y que obedecerla constituía un deber natural. Así fue sustentada la doctrina del derecho divino de los reyes y recibió poderoso apoyo teórico el absolutismo. Se atribuía al soberano absoluto el papel de juez supremo, que no se detenía ante prejuicios ni leyes y estaba por encima de las facciones sociales en pugna. Ésta es la quintaesencia política de la época; ésta es la autoridad que iba a tomar el lugar del disgregado sistema feudal.

Ese cambio encontró aún expresión más clara en el sig'lo xvii en Tomás Hobbes, compañero de Bacon. Hobbes abandonó el concepto del derecho divino de los reyes, pero dio una interpretación nueva y más poderosa a las ideas baconianas sobre el principio de la soberanía del estado. Aunque fundó su análisis en algo parecido a la asociación voluntaria de individuos que aceptaban que uno o más de entre ellos representase la voluntad común, confería gran importancia a la coerción como elemento esencial de la organización del estado: una vez formado el estado, contenía una soberanía absoluta a la cual se le debía obediencia absoluta. Mas, no obstante, los reyes no poseían su poder, por juez supremo que fuese, en virtud de un derecho divino. Dios era el dueño de la naturaleza misma de su cargo. Todo gobernante, legítimo o no, estaba impuesto de los atributos fundamentales de la realeza.

Hobbes estaba más cerca de Bodino que de Bacon por su mayor liberación de la justificación teológica de la soberanía, y trabajó por la emancipación religiosa en el mismo sentido que Spinoza. Como a éste, sus contemporáneos le consideraron enemigo de la fe, y por haber dado una base teórica a las pretensiones de los usurpadores de la soberanía, la Iglesia y el rey se unieron contra él. Lo que le hizo igualmente sospechoso a los

ojos de los adversarios del poder real fue que, a diferencia de Bodino, adoptó el desdén de Bacon por las leyes y su respeto por la soberanía indivisible y sin restricciones. La creencia de Hobbes en un poder por encima de los intereses antagónicos de las clases sociales fue al mismo tiempo su debilidad y su fuerza. Era la suya una teoría inevitable en una época en que los conflictos sociales tenían un interés absorbente, en que por primera vez se les consideraba racionalmente, y en que las fuerzas económicas estaban presionando para el establecimiento de una autoridad central fuerte. Era una teoría limitada por su propia experiencia inmediata, y no tardó mucho en recibir un nuevo giro que modificó por completo su significación.

Pero fue muy grande la importancia de Hobbes en el desarrollo de la nueva sociedad y en sus ideas. Su base era individualista. Como Maquiavelo, reconoció francamente en el individuo movido por el egoísmo la unidad de que había que partir. El contrato por el cual los individuos se habían sometido a la terrible garra del estado soberano —el *Leviatán** de Hobbes— se basaba en ese mismo egoísmo. El estado absolutista era un medio para obtener un bien más grande que el que podía procurar la vida del hombre primitivo, “solitario, pobre, indecente, bruto, limitado”. Si el *Leviatán* coaccionaba, lo hacía en beneficio de los mismos gobernados. Aquí, no obstante la doctrina central sobre la autoridad del estado (en armonía con la práctica de la regulación de la vida económica por el estado), estaba el comienzo del utilitarismo. Y en contraste aparente con Hobbes, pero en secuencia lógica con el principio immanente en su sistema, progresó la filosofía utilitarista.

Su siguiente paso se halla en la obra de John Locke. Volveremos a encontrarlo pronto de nuevo como economista de transición entre el mercantilismo y los clásicos. Su posición es más importante en la esfera del pensamiento político. Sintetizó y llevó más lejos todos los elementos del pensamiento anterior con que podía formarse una filosofía política adecuada a la época en que el capitalismo estaba ya seguro de la victoria. El contrato social, que en Platón había hecho al hombre organizar la ciudad, que en Hobbes lo sometió al *Leviatán*, y que en Bodino estableció la autoridad central y fijó sus límites, volvemos a encontrarlo en Locke.** Junto con el contrato encontramos una nueva formulación importante de la doctrina del derecho natural. Iniciada en la filosofía estoica y epicúrea, esta doctrina había encontrado un

* Véase *Leviatán*, trad. de M. Sánchez Sarto, México, FCE, (1940). [T.]

** Véase su *Ensayo sobre el gobierno civil*, trad. de José Carnet, México, FCE, (1941). [T.]

lugar en el derecho romano y en la doctrina canonista de la justicia natural. Ahora se iba transformando en el reconocimiento de los instintos "naturales" del individuo, y el contrato social que establecía el gobierno civil vino a depender totalmente de la amplitud del consentimiento de los gobernados.

La idea de que el egoísmo es la fuerza motriz de la conducta humana es inherente a toda la filosofía política de Locke; mas, para él, no era la Iglesia medieval, ni el rey por derecho divino de Bacon, ni el Leviatán sobrehumano de Hobbes, lo que formaría un cuerpo ordenado de los átomos individuales. En su cargo de administrador de las posesiones coloniales de Inglaterra, Locke había entrado en contacto con el comercio, y la asociación voluntaria y regular de los comerciantes en las empresas comerciales que había visto en las compañías reglamentadas le pareció la forma natural de organización para fines de gobierno. Por lo tanto, fue en la monarquía constitucional donde el racionalismo encontró su expresión política. Según Locke, la libertad sólo debe restringirse para conservarla. Su base era la propiedad, adquirida por laboriosidad y razón y con derecho a la seguridad que pudiera darle el estado. He aquí una filosofía adecuada a las nuevas condiciones económicas. Es la personificación de la victoria sobre la Edad Media; pero es más que eso: es un síntoma de la decadencia del poder del estado que el capital comercial había creado en una etapa anterior de su lucha contra el feudalismo. Es una consecuencia inherente a la relación entre el capitalismo y su primera expresión política. Es el primer capítulo del liberalismo, filosofía del capitalismo triunfante.

2. EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO INDUSTRIAL

La aparición de la filosofía de Locke a fines del siglo xvii revela que el nuevo estado empezaba a ser visto como lo que realmente era: la criatura del poder económico, no menos que su amo.

El cambio de la política económica fue menos rápido que el de la filosofía política. Sin embargo, a fines del siglo xvii la reglamentación estatal de la vida económica se estaba desmoronando. Su decadencia no fue de ningún modo igual en todos los países. Realmente, veremos que el mercantilismo reapareció con adiciones y distorsiones en países económicamente atrasados, como Alemania, cuando en Inglaterra y Francia ya era cosa del pasado. Pero el progreso del individualismo ilimitado no fue uniforme ni aun en los países que se pusieron a la vanguardia en la transición

a la industria moderna. En los últimos años del siglo xvii se continuó en algunos aspectos la liberación de las muchas trabas del estado; pero, en general, la filosofía liberal no obtuvo su victoria decisiva hasta bien entrada la pasada centuria.

A mediados del siglo xvii fueron abolidas en Inglaterra muchas de las reglamentaciones que restringían la industria nacional. Otras, la reglamentación de los salarios por ejemplo, no desaparecieron definitivamente hasta 1813. Las leyes que reglamentaban el aprendizaje y las condiciones de la producción en muchas industrias acabaron por ser inoperantes al ampliarse la producción y desarrollarse el sistema fabril; y cuando el Parlamento las derogó en el siglo xix no hizo más que retreandar un hecho consumado. Modificaciones considerables empezaron a tener lugar en el sistema gremial. Iba en aumento una diferenciación complicada que suscitó el surgimiento de muchos conflictos de intereses. El antiguo tipo de compañía comercial de exportación, procedente de los gremios de los siglos xiv y xv, estaba siendo desplazado por las grandes compañías coloniales. Había también corporaciones capitalistas más recientes, dominadas ya por comerciantes al por mayor o por capitalistas semindustriales del tipo *Verleger*, y su influencia era cada vez mayor. Los pequeños gremios urbanos locales de pequeños maestros artesanos, por otra parte, iban perdiendo importancia debido a la competencia de la industria doméstica controlada por los *Verleger*. Por consiguiente, la reglamentación local se iba debilitando continuamente, siempre a favor de la reglamentación nacional.⁸

La decadencia de la reglamentación del comercio exterior se produjo con retraso. Los tratados comerciales, que en un tiempo habían sido instrumentos proteccionistas y restrictivos, pudieron utilizarse para otros fines. Una vez que los intereses económicos fueron bastante fuertes, se concertaron tratados conducentes a ampliar el comercio entre los países interesados. La libertad de comercio sufrió muchos reveses, pero durante el siglo xviii, en general, hizo progresos indudables. El primer síntoma del nuevo espíritu comercial fue la decadencia de las compañías reglamentadas. Sus derechos monopolísticos fueron socavados por el desarrollo mismo del comercio, que abrió campo a los comerciantes independientes que recibieron los nombres de "interlopes" y, más significativamente, "comerciantes libres". A fines del siglo xvii, las compañías reglamentadas estaban dejando de ser la forma dominante de organización del comercio internacional. En el último

⁸ G. Unwin, *Industrial Organization in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (1902). Véanse especialmente los caps. ii y iii.

cuarto de ese siglo empezó a perder sus privilegios en el comercio del Báltico, la Compañía de la Tierra de Oriente. Los comerciantes aventureros fueron despojados del monopolio sobre el comercio de paños dentro de su zona en 1689, y la mayor parte de las compañías comerciales compartieron el mismo destino aproximadamente por el mismo tiempo. Únicamente la Compañía de las Indias Orientales, cuya situación era diferente a la del resto, pudo conservar el monopolio durante mucho más tiempo, pero aun ella perdió, a principios del siglo XIX, su privilegio de comercio exclusivo con la India.

Así pues, la decadencia de la intervención del estado fue simultánea con la desaprobación del monopolio y el aumento de la competencia. La causa que produjo ambas tendencias y que, a su vez, fue poderosamente reforzada por ellas, fue el desarrollo de la producción industrial. Los cambios operados en la que se llamó Revolución Industrial fueron de carácter tan espectacular que eclipsaron los progresos industriales no menos importantes del siglo XVII y principios del XVIII. Si estos últimos aparecen como más lentos en su desarrollo y son de extensión mucho menor que los primeros, por lo menos fueron de un tipo igualmente importante.

El profesor Nef⁹ ha demostrado que hubo algo parecido a una revolución industrial en los siglos XVI y XVII. En 1700 existían en Inglaterra muchas industrias florecientes (por ejemplo, las de minería, sal, cobre, bronce, artillería, alumbre y clavos) que funcionaban, por lo menos en parte, bajo un régimen fabril y eran controladas por capitalistas de bastante importancia. Si hacia fines del siglo XVIII empezaron a generalizarse, con paso vacilante, la invención y aplicación de maquinaria que economiza trabajo humano y el uso de fuerza inanimada, se debió a que la estructura específicamente social de la industria moderna ya se edificaba a principios de dicho siglo.

Los descubrimientos científicos del siglo XVII, aliados del capitalismo comercial, no podían desenvolverse sin que se generalizara la investigación científica en un sentido más amplio. Esta sobrepasó en un lapso de cien años sus estrechos límites utilitarios, aunque siguió siendo esencialmente práctica. Entretanto, sin embargo, la invención no estuvo dormida, sino era sólo el subproducto de la industria misma. Gran número de mejoras de los métodos manufactureros precedieron al torrente de la Revolución Industrial. En la extracción de minerales y la refinación de metales, en la producción de tejidos y la construcción de barcos, se introdujeron

⁹ J. U. Nef, *The Rise of the British Coal Industry* (1932), vol. I, pp. 165-89.

métodos nuevos, y cada vez fue más utilizada la fuerza del viento y del agua, en sustitución de la energía humana y animal.

La relativa lentitud de esta evolución ilustra la complicada interrelación de factores técnicos y social-económicos. Los progresos técnicos fueron impedidos por los mercados restringidos de la primera época mercantilista. El "horror a los bienes" que la caracterizaba encontró su pareja en la oposición del estado y de la opinión pública a mejoras que podían aumentar la producción. En una época de privilegios comerciales, los intereses dominantes eran suficientemente fuertes para oponerse a la introducción de procedimientos nuevos que amenazaran sus monopolios. Por otra parte, las mejores técnicas tenían que esperar por un mercado más extenso para ser lucrativas. Ese mercado más extenso lo produjo el capitalismo comercial mismo. En el siglo XVII, la expansión comercial socavó las restricciones a la competencia entonces existentes y al mismo tiempo estimuló la invención. Esto, al mejorar y aumentar la producción industrial, había de destruir las mismas bases del capitalismo comercial. Encontró mercados más extensos y estimuló a los productores a producir más y más barato. También los estimuló a mejorar su producción y a buscar después una demanda mayor mostrándoles las posibilidades latentes del acrecentamiento de las ventas.

El comerciante creó al industrial. Muchas veces se hacía fabricante él mismo, y su ejemplo estimuló el reclutamiento de los *hombres novi* del capitalismo, sacándolos de la agricultura y de la industria doméstica. Ya a principios del siglo XVIII estaba cambiando la organización de la producción y, en general, se reconoce que el sistema del *putting-out* iba en aquel tiempo cediendo el lugar a la producción concentrada del *sistema fabril*. Cada invención nueva sobre ese período fortalece la opinión de que esa transición empezó antes y fue más rápida de lo que hasta ahora se había supuesto. La forma de producción de la época mercantil (en que el capitalista comercial tomó la dirección comprando materias primas y a veces equipo que entregaba a talleres domésticos y después vendía los productos en mercados cada vez mayores) pudo sobrevivir durante mucho tiempo en algunas regiones, países o ramas de la industria; pero ya no era la forma típica, la tendencia iba definitivamente hacia la producción fabril. En la minería y la fabricación de cerveza, en las industrias de cerámica y ferretería, la fábrica iba ya a la cabeza. La "Etruria" de Wedgwood y los talleres de Boulton en Soho ya no se consideraban excepciones, sino el tipo corriente, no muy frecuente aún, al que se iba ajustando la industria en general.

El cambio que experimentó la posición del trabajador fue semejante a la transformación del comerciante en industrial. Para que el capital comercial se convirtiese en capital industrial, era esencial que encontrase mano de obra, tierra y materias primas como mercancías adquiribles. Las dos últimas cosas se encontraban en el mercado mucho antes del siglo xviii. La compra y venta de bienes, incluso de materias primas, se había hecho habitual antes de iniciarse la industria moderna; y la comercialización de la agricultura y el hundimiento del régimen feudal habían convergido gradualmente la tierra en un artículo de comercio. En lo que respecta a la mano de obra, el cambio fue más lento, y en este punto es donde el siglo xviii realizó la más importante de las transformaciones sociales que necesitaba el capitalismo.

Es bien conocido el proceso que dio nacimiento a una clase de trabajadores asalariados. Sus comienzos se remontan al siglo xiv, cuando empezaba a decaer el régimen señorial. La servidumbre había desaparecido virtualmente y estaba siendo remplazada por un sistema de pequeños agricultores, independientes en su mayoría, y de un pequeño número de trabajadores asalariados. El movimiento de cercamientos causó muchos estragos en ese sistema: despojó a agricultores y labradores de sus tierras, casas y derechos civiles y sentó los cimientos de la clase obrera moderna. La expropiación de las tierras de la Iglesia durante la Reforma, la comercialización de la agricultura, que coincidió con la expansión del comercio, y los cambios constitucionales después de la Restauración, que consumaron la desaparición del feudalismo y crearon el sistema moderno de finanzas públicas, llevaron aún más lejos esa transformación. Los comerciantes y los financieros la recibieron favorablemente. Al destruir los títulos feudales de propiedad y dar una mentalidad comercial a los nuevos propietarios, contribuyó a fijar la posición de esos elementos. Con la expropiación de los hacendados, creó una oferta de mano de obra que necesitaba la industria del último período mercantilista.

Con la transición al capitalismo industrial, este movimiento recibió en el siglo xviii nuevo impulso. La cantidad de capital que requería la iniciativa industrial aumentaba con la creciente complejidad de los procedimientos manufactureros. Pocos artesanos pudieron competir de un modo efectivo con la producción más barata que hacía posible el mayor uso de equipo de capital, o en los mercados que no estaban situados en su inmediata proximidad. Si no trabajaban con materiales de su propiedad, sino por encargo de un comerciante dueño de los mismos, cada vez dependían más de éste. Tarde o temprano, cuando las pocas herramien-

tas que poseían hubieran quedado anticuadas en comparación con los procedimientos y el equipo nuevos, ellos y sus aprendices sucumbirían a la seguridad relativa que les brindaba el ser asalariados permanentes. Durante algún tiempo siguieron trabajando aún en sus propios talleres domésticos, pero, sin embargo, no tardó la fábrica en absorberlos. Allí se les unían otro, reclutados entre la población rural despojada por los sucesivos movimientos de cercamiento, que en el siglo xviii recibieron la sanción parlamentaria.

Todo este proceso no sólo creó industriales y asalariados, sino que proporcionó también mercado a la industria capitalista. La destrucción de los talleres domésticos tanto en las poblaciones como en el campo, y la comercialización de la agricultura crearon la demanda que absorbió los productos de la industria fabril. Apoyándose en este mercado interior —cuyo crecimiento completó la separación de la agricultura y de la industria—, el capitalismo industrial pudo volver de nuevo al comercio exterior, que había sido una de las bases sobre las cuales se había desarrollado.

La relación entre el capitalista y su obrero asalariado siguió al principio reglamentada como lo había estado durante la época en que sólo existían comerciantes, maestros artesanos, oficiales y aprendices. La costumbre, los restos de la reglamentación gremial y la legislación sobre salarios determinaban los salarios y las condiciones de trabajo en los primeros tiempos del sistema fabril; pero resultaron demasiado rígidos para las necesidades de una industria en crecimiento.

Los mercantilistas, si es que tuvieron alguna teoría de los salarios, creían en una economía de salarios bajos y estrictamente reglamentados. Esto era apropiado para comerciantes dedicados a exportar a mercados donde tenían que luchar con la competencia extranjera. También estaba en armonía con las opiniones de algunos mercantilistas sobre la necesidad de restringir el consumo interior. Pero la confianza en la reglamentación del mercado de la mano de obra disminuyó cuando surgió la competencia entre diferentes industrias para adquirirla. No quiere decir esto que el capitalismo industrial empezase a actuar inmediatamente de acuerdo con el principio de una "economía de salarios altos", sino que la oferta y la demanda empezaron a ser los determinantes directos de la relación entre capital y trabajo. Los gremios perdieron el poco poder que habían conservado, se hizo caso omiso de la costumbre, y tendió a desaparecer la legislación destinada a regular la movilidad de la mano de obra y, en cierta medida, los salarios. El proceso fue más rápido en lo que respecta a la movilidad

de la mano de obra, y la reglamentación de los salarios no desapareció por completo hasta la primera parte del siglo XIX. Pero ya para entonces el progreso de los inventos y el movimiento de cercamientos habían creado un excedente de mano de obra, y las antiguas reglamentaciones se mantuvieron con el fin de sostener un salario mínimo.

Sin embargo, en conjunto, las negociaciones entre capitalista y trabajador tendían a convertirse en el método común de ajustar los contratos de trabajo. Esto era consecuencia, como hemos visto, de un doble proceso: por una parte, la concentración del capital en manos del industrial, que poseía los complicados instrumentos de producción que ahora se necesitaban y, por la otra, la pérdida de independencia que sufrieron los trabajadores urbanos y rurales al entrar en el nuevo sistema de producción, junto con su emancipación de los lazos que los unían a los sindicatos y los terratenientes. El obrero tenía ahora libertad de contratación; pero también se veía forzado por la complejidad creciente de la producción a vender su trabajo en el mercado para ganarse la vida. A mediados del siglo, el proceso de establecer un mercado libre para la mano de obra había ido lo bastante lejos para que el deán de Tucker pudiera considerar "absurdo y descabellado" cualquier intento de una tercera persona para "fijar el precio entre comprador y vendedor". No podían hacerse cumplir reglas que no se apoyaran en el acuerdo voluntario de las partes contratantes. Además, no podían promulgarse leyes que se ocuparan de la "abundancia o escasez de trabajo, la baratura o carestía de las provisiones..., la bondad o defectuosidad de la mano de obra, los grados de habilidad... la demanda o estancamiento [de la manufactura] en el país o en el extranjero".¹⁰

Paralelamente con este mercado libre empezaron a producirse los problemas típicos modernos de trabajo. Ya en la segunda mitad del siglo XVII hubo ejemplos de trabajadores que se organizaban para mejorar su situación. Algunas veces volvían a adoptar las prácticas superficiales de los gremios: subrayaban las funciones de la convivencia amistosa, intentaban regular la calidad de la producción y mantenían un ritual complicado. Pero gradualmente fue haciéndose más manifiesto su verdadero carácter. Se convirtieron en asociaciones cuya tarea principal era luchar contra los patronos para mejorar los salarios y las condiciones del trabajo. Contra esas asociaciones, precursoras de los modernos sindicatos, dictó el Parlamento sus *Combination Laws*.

¹⁰ Citado por H. J. Laski, *op. cit.*, p. 151.

3. WILLIAM PETTY

No tardó el pensamiento económico en comenzar a responder a todos esos cambios, aunque tardó cien años en darse cuenta plenamente de la revolución que estaba presenciando. En los intereses de los pensadores tuvo lugar un cambio correspondiente al operado en las características del capitalismo. La atención se desvió del comercio a la producción, y de la relación entre comerciante y financiero a la de capital y trabajo. En este cambio de métodos y contenido del pensamiento económico tuvo la mayor importancia la aparición de un nuevo problema de precio y valor. Hasta entonces, dicho problema se había planteado casi exclusivamente en función de la circulación. Con Aristóteles y los escolásticos había sido una parte del problema de la justicia: ¿Cómo debe realizarse el cambio para que haya una equivalencia justa? Ésta era la pregunta que formulaban, a la que respondieron con la doctrina del "precio justo".

En la época mercantilista fueron distintas así la pregunta como la respuesta. A pesar de todas sus oscuridades y sus diferencias individuales, en la teoría mercantilista del problema del precio está subyacente un punto de vista común. Ese punto de vista era el del comerciante. ¿Cuál es el mejor medio para enriquecer al país? Puesto que riqueza es lo mismo que capital comercial (representado por el dinero), la respuesta es: hacer ventas productivas. La ganancia sólo puede nacer por *enajenación*, es decir, por el acto de cambiar, cuando el vendedor vende más caro de que lo compró. Todas las conclusiones mercantilistas relativas al comercio exterior, así como su opinión limitada y falsa de la relación entre el dinero y los precios, son consecuencia de ese punto de vista.

Con el desarrollo de la industria, la producción, en vez del cambio, se convirtió en el punto interesante para los economistas. El proceso de la producción, que en su nueva forma implicaba una relación social diferente, se consideró como el meollo de la actividad económica. Ya no era posible insistir en que la riqueza, en un sentido social, era creada por el cambio, y que el valor (es decir, el valor de cambio, que es el atributo de la riqueza social) y la ganancia mediante la cual se aumenta la riqueza naciesen del comercio. El problema de la riqueza y del valor fue formulado y resuelto de un modo nuevo; y, aunque la precisión del planteamiento y de la solución sólo creció gradualmente, hasta que alcanzó su forma más refinada en el sistema clásico, sus características fueron siempre las mismas.

Esta evolución del pensamiento económico fue aproximada-

mente igual en muchos países. Con algunas diferencias pequeñas, pero interesantes, el problema del valor constituyó el meollo del análisis en Inglaterra, Italia y Francia, y los pensadores de los tres países dieron soluciones en términos análogos. En un libro más extenso que éste, merecerían un estudio detallado las ideas de los italianos Montanari, Davanzati y Galiani, y las del francés Boisguillebert; y lo mismo hay que decir de Benjamín Franklin, que fue tan agudo en economía como en otros campos científicos. Puede justificar su omisión el hecho de que fue en Inglaterra donde la semilla de esos fundadores dio sus mejores frutos. La parte de la aportación francesa, que tiene un carácter un tanto diferente, será examinada por separado.

El primero y más importante de los economistas ingleses que prepararon el terreno para el sistema clásico, es Sir William Petty (1623-1687), a quien se ha llamado con justicia el fundador de la economía política.¹¹ Hijo de un pobre tejedor de Hampshire, tuvo una vida extraordinariamente variada, en la que fue sucesivamente camarero de un barco, buhonero, marinero, vendedor de paños, médico, profesor de anatomía, profesor de música, agrimensor y terrateniente rico. La educación formal que recibió en un colegio de jesuitas de Francia y en Oxford fue muy enriquecida por la amistad con los principales hombres de ciencia y de letras de la época. Petty fue amigo de Pepys y de Evelyn, y formó parte del grupo de hombres doctos que se reunía en Londres y en Oxford y que más tarde se convirtió en la Real Sociedad. Fue miembro titular del consejo de esta Sociedad. La historia de su vida, narrada por Lord Fitzmaurice y resumida por el profesor Hull en su introducción a las obras económicas de Petty, explica en gran parte el lugar extraordinariamente avanzado que ocupa éste en la historia del pensamiento económico. Su libertad respecto de todo interés puramente mercantil, que le distingue de otros economistas del siglo XVII, su experiencia como hombre de negocios, desusadamente rica, adquirida principalmente por su participación en la *Down Survey* de Irlanda y en la distribución de tierras a los soldados de Cromwell y, sobre todo su amistad con los líderes del pensamiento científico experimental, dan a sus escritos económicos un gusto y una amplitud de visión que no fueron sobrepasados en cien años.

¹¹ Tanto por Marx, por lo menos en tres sitios: *Zur Kritik der Politischen Ökonomie*, p. 33; en *Anti-Dühring* (1928), de Engels, p. 247, y en *Theorien über den Mehrwert* (1921), vol. I, p. 1 [*Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, trad. de Wenceslao Roces, México, FCE, (1945)]; como por Brentano, *Ethnik und Volkswirtschaft in der Geschichte*, p. 32.

En su *Political Arithmetick*, escrita probablemente en 1672 y publicada en 1690, Petty expone explícitamente un punto de vista nuevo para la investigación económica que él reconoce que no es todavía común. "En lugar —dice— de emplear sólo palabras comparativas y superlativas, y argumentos intelectuales, he tomado el camino... de expresarme en términos de *Número, Peso y Medida*; de usar sólo argumentos de sentido y de tomar en cuenta únicamente las causas que tengan fundamentos visibles en la naturaleza."¹² Petty se adhirió de verdad a este manifiesto de empirismo, y su derecho a la fama se reputa generalmente que descansa en la parte que tuvo en la fundación de la ciencia de la estadística. No puede haber duda en que Petty es considerado justamente como el primero en desarrollar esa disciplina hermana de la economía política. No sólo enseñó con su práctica y sus preceptos cómo deben recogerse y manejarse los datos, sino que no descuidó las funciones más amplias de la investigación estadística. En su *Political Arithmetick* y en sus otros trabajos estadísticos puso en su verdadero lugar la investigación de los hechos en relación con el análisis teórico.

Sin embargo, para nuestro objeto, son más importantes e interesantes las aportaciones de Petty al pensamiento económico. Su obra en este campo, aparte de algunas observaciones diseminadas en su *Political Arithmetick*, está contenida principalmente en *A Treatise of Taxes and Contributions* (1662), *Verbum Sapienti* (1664), *Political Anatomy of Ireland*, escrito en 1672 y publicado en 1691, y *Sir William Petty's Quantulumcumque Concerning Money*, escrito en 1682 y publicado en 1695. El editor moderno de Petty ha insinuado que los puntos de vista con que éste se acerca a los problemas económicos (finanzas públicas y moneda) lo distinguen claramente de las preocupaciones de los economistas clásicos y modernos. También ha sugerido que, habiendo sido Petty discípulo de Hobbes (hecho que parece bien comprobado por la insistencia de Petty en la soberanía del estado), pero no mercantilista propiamente dicho, debiera clasificarse entre los *cameralistas* alemanes pseudo-economistas consejeros de los monarcas absolutos. Este juicio se basa en un concepto erróneo y ha de dificultar seriamente una apreciación justa de la posición de Petty en la historia del pensamiento económico.

Es cierto que Petty compartía la filosofía política de Hobbes; pero su manera indirecta de abordar los importantes problemas

¹² *The Economic Writings of Sir William Petty* (ed. C. H. Hull, 2 vols., 1899), vol. I, p. 244.

económicos de la riqueza y el valor era en sí misma una expresión de los cambios que habían tenido lugar en las relaciones sociales y políticas como parte indispensable de la evolución del capitalismo industrial. Su interés por las finanzas del estado está condicionado por el hecho de que habían desaparecido los métodos feudales de recaudar los impuestos y habían sido remplazados por un sistema de tributación nacional. Para todo aquel no relacionado con el comercio exterior y que deseara dilucidar los principios de la actividad económica, no había en aquel tiempo camino más obvio para acercarse a los problemas de ese orden que el de los métodos de recaudar y gastar las rentas del estado. Los problemas que ellos suscitaban plantearon las cuestiones del valor y de la riqueza en su forma más aguda.

Treatise on Taxes parece ser un estudio directo de las fuentes de los ingresos públicos, de las formas de los gastos públicos y de los mejores medios para recaudar aquéllos y realizar éstos. La teoría de Petty sobre las finanzas públicas es sencilla y no es necesario que nos detengamos en ella. Está de acuerdo con Mun en considerar inevitables los impuestos, pero considera que los príncipes no deben ser manirrotos. Aunque pueden verse obligados a recaudar por vía de impuestos más de lo que necesitan, a fin de crear una reserva para casos de emergencia, no deben hacerlo con demasiada frecuencia, porque retirarían dinero de sus súbditos de la circulación productiva. El dinero que el príncipe ha recaudado podría estimular, si se le gasta sabiamente, el comercio y la industria, y así volvería en mayor cantidad a los bolsillos del pueblo. Petty pedía economías en el funcionamiento de los principales servicios del estado: defensa nacional, administración pública, justicia y "pastoreo de las almas de los hombres". Condenaba las guerras dispendiosas y el sostenimiento de supernumerarios, aunque se inclinaba a apoyar el gasto de dinero público en proporcionar ocupación a los que de otro modo carecerían de ella, por miedo —decía— a que "pierdan su aptitud para trabajar".¹³

Las opiniones de Petty sobre la recaudación de impuestos están muy influidas por la filosofía hobbesiana. En toda su obra muestra un franco reconocimiento del egoísmo individual y una alta consideración por la propiedad como determinantes de la posición social. El estado existe para proteger la propiedad individual, y el individuo debe estar dispuesto a contribuir a los gastos del estado. Esta contribución debería ser proporcional a la propiedad, cuyos

¹³ *Economic Writings*, vol. 1, p. 60.

beneficios goza la gente bajo la protección del estado. Petty advertía que la gente no siempre estaba dispuesta a reconocer la naturaleza utilitaria de los impuestos, y se negaba a pagar porque creía que el rey era un manirroto o que sus contribuciones eran excesivas comparadas con las de otros contribuyentes. Por consiguiente, los impuestos deberían idearse de tal manera que no alteraran la distribución relativa de la riqueza, ya que, "por muy elevado que sea el impuesto, si es proporcional para todos, entonces nadie sufre pérdida de riqueza por su causa".¹⁴ Es imposible implantar este sistema de tributación si "por no conocer la riqueza del pueblo, el príncipe no sabe cuánto puede soportar, y por no conocer el comercio, no puede juzgar de la época apropiada para el pago".¹⁵ La necesidad de estadísticas es manifiesta.

Es a partir de aquí que Petty se vio obligado a entregarse al análisis económico más intrincado de cuantos hizo. Emrende el examen de los diferentes modos en que pueden recaudarse los impuestos.¹⁶ Rechaza la exclusión de las tierras de la Corona, de las cuales ha de obtener sus ingresos el soberano. Es mejor recaudar un impuesto sobre el conjunto del ingreso gravable, lo que daría al rey "mayor seguridad y más causantes". La única cosa que habría que evitar es que la molestia y el costo de este método de recaudación no sean considerablemente mayores que los de la administración de los dominios de la Corona. Petty no dudaba que, en un país nuevo, "antes de que los hombres tuviesen siquiera la posesión de la tierra" (como en Irlanda, donde estaba vigente), este sistema de tributación fuera el mejor que podía concebirse. Los futuros compradores de tierra tendrían en cuenta el impuesto sobre la renta de la tierra, los impuestos estarían en proporción justa y no sólo los propietarios "sino todo hombre que coma del producto de sus tierras, aunque no sea más que un huevo o una cebolla, o que utilice la ayuda de un artesano que se alimente de lo mismo", pagará su contribución. Pero en los países viejos se presentarían grandes dificultades. Los nuevos arrendamientos tendrían en cuenta los nuevos tributos, mientras que los antiguos seguirían pagando la renta antigua. Unos terratenientes ganarían, y otros perderían, y los consumidores perderían en cualquier caso, porque los precios de los productos subirían tanto si el agricultor arrendatario que produce pagara la renta antigua como si pagara la nueva; sólo el agricultor obtendría una gran utilidad.

¹⁴ *Ibid.*, p. 32.

¹⁵ *Ibid.*, p. 34.

¹⁶ "Treatise on Taxes and Contributions", cap. iv, *Economic Writings*, vol. 1, pp. 38 ss.

Al llegar a este punto, el análisis de los impuestos y de su incidencia cesa, y la discusión conduce a una teoría del valor.

Para tener una idea clara del análisis de Petty, es necesario reunir gran número de aseveraciones diseminadas en toda su obra. Cuando dicho análisis se resume, puede obtenerse una estructura lógica que incluye una teoría del valor y de los salarios, una teoría de la ganancia o excedente (que, en realidad, es una teoría de la renta), un examen del valor de la tierra y una teoría del interés y de las monedas extranjeras. En los escritos de Petty las cuestiones no siguen este mismo orden. Hay en ellos dificultades que resolver y oscuridades que ignorar; pero la estructura final no carece, en cierta medida, de congruencia interna.

La teoría del valor de Petty se encuentra en una breve digresión sobre la renta [de la tierra], que sigue a su teoría del impuesto sobre la misma, en un estudio del precio real y del precio político de las mercancías al final de su *Treatise*, y en algunas observaciones sobre los salarios contenidas en su *Political Anatomy of Ireland*. Para comprender esta teoría es importante tener en cuenta la importancia que Petty concede a la mano de obra como fuente de la riqueza. Aunque sobre este punto no fue tan explícito como Adam Smith, nos deja, sin embargo, muy poca duda de que ya estaba muy lejos de la concepción de los mercantilistas. "El Trabajo —dice— es el Padre y el principio activo de la Riqueza, y las Tierras son la Madre."¹⁷ Y cuando en otro lugar habla de la "riqueza, acervo o provisión de la nación", la considera "efecto del trabajo anterior o pasado".¹⁸ Petty se dio también cuenta de que la forma típica en que aparecía el trabajo en la nueva estructura social era la de trabajo dividido. Su exposición de las ventajas de la división del trabajo no carece de ninguno de los elementos que se encuentran en la famosa descripción de Adam Smith. Toma como ejemplo la fabricación de un reloj, y demuestra que el abaratamiento y la mejora de la producción que la división del trabajo produce en este ramo particular de la industria, también se presenta en la formación de grandes poblaciones y su especialización en diferentes manufacturas.¹⁹

No es de extrañar que esta opinión sobre la mano de obra haya determinado el análisis que Petty hace del valor y del precio, al cual es conducido por la cuestión de cuál sea "la misteriosa naturaleza" de las rentas. Su respuesta es que la renta verdadera y natural de

un trozo de tierra en cualquier año determinado es igual al producto de la cosecha menos el costo de la semilla y de todo aquello que "el productor mismo ha consumido y entregado a otros a cambio de ropas y otros artículos de primera necesidad".²⁰ Sin embargo, ésta no es sólo una explicación del origen del excedente, sino también del origen del valor mismo. Petty pasa a preguntar cuánto dinero "vale este trigo o esta renta", y contesta que valen tanto como el dinero que otro hombre dedicado a producir dinero (es decir, la mercancía dinero) puede ahorrar durante el mismo tiempo, después de cubiertos los gastos de producción. Merece ser citado el caso hipotético con que ilustra su proposición. "Supongamos que otro hombre va a un país donde hay plata; la extrae, la refina y la lleva al mismo lugar donde el otro hombre plantó su trigo; la acuña, etc., por sí mismo, y mientras trabaja en su plata cosecha alimentos para su manutención y se procura vestido, etcétera. Yo digo que la plata del uno debe estimarse del mismo valor que el trigo del otro, siendo el peso de la primera quizá veinte onzas y el volumen del segundo veinte *bushels*. De ahí se deduce que el precio de un *bushel* de ese trigo es una onza de plata."²¹ Petty sabe muy bien que pueden producirse pequeñas variaciones, pero dice que el análisis anterior será válido siempre que se tome el promedio de un período largo y de una gran cantidad.

No obstante ser ésta "la base de la igualación y el equilibrio de los valores",²² subsisten muchas diferencias individuales, que Petty examina más adelante, al distinguir entre precio natural o, como también lo llama, "verdadero precio corriente", y precio político. La "carestía y la baratura naturales dependen de las pocas o muchas manos requeridas para los bienes de la naturaleza... Pero la baratura política depende del número de intermediarios super-numerarios que hay en el comercio por encima de los necesarios".²³ Otros factores que pueden influir en la oferta y la demanda y, por lo tanto, en el precio político, son las costumbres y el modo de vivir; y como "todas las mercancías tienen sus sustitutos o sucedáneos, y casi todas las necesidades pueden satisfacerse de diversos modos", debe considerarse que estos factores aumentan o disminuyen el precio de las cosas.²⁴

No obstante todos estos factores accidentales, el trabajo sigue

¹⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 43.

¹⁸ "Treatise", *Economic Writings*, vol. I, p. 43.

¹⁹ *Ibid.*, p. 44.

²⁰ *Ibid.*, p. 90.

²¹ *Ibid.*

¹⁷ "Treatise on Taxes and Contributions", cap. IV, *Economic Writings*, vol. I, p. 68.

¹⁸ "Verbum Sapienti", *Economic Writings*, vol. I, p. 110.

¹⁹ *Economic Writings*, vol. II, pp. 473-74.

siendo la fuente y la medida verdaderas del valor. Esto se advierte aún con más claridad en otros dos pasajes que son el principio de la teoría clásica de los salarios. En ellos ya no habla Petty del tiempo de trabajo como medida del valor. "El promedio de los alimentos que un hombre adulto consume en un día, y no lo que trabaja en un día, es la medida común del valor." "No importa que los alimentos consumidos en un día sean de calidad que requiera más trabajo para producirlos que el que requieren alimentos de otra calidad, puesto que nos referimos a los alimentos más fáciles de obtener en los respectivos países del mundo." Tampoco importa "que unos hombres coman más que otros..., ya que por alimento diario entendemos la centésima parte de lo que comen cien individuos de todas clases y tamaños para poder vivir, trabajar y multiplicarse".²⁵ Esta última frase anticipa la teoría del precio natural del trabajo, de Ricardo, que es el "necesario para que los trabajadores puedan, uno con otro, subsistir y perpetuar la especie".²⁶ Y en la afirmación que hace Petty de que una "ley que fije esos salarios... otorgaría al trabajador únicamente lo necesario para subsistir, porque si le dais el doble no trabajará sino la mitad de lo que podría y haría, lo cual es una pérdida para el público del fruto de ese trabajo",²⁷ puede observarse la línea de pensamiento que había de desembocar en la teoría de la plusvalía de Marx.²⁸ Pero si Petty creía en la existencia de un producto excedente creado por el trabajo y, por lo tanto, en el poder del trabajo para crear una plusvalía o valor excedente por encima de su subsistencia, demostró esas dos categorías sólo en el caso de la producción de la tierra. La renta era el único excedente que conocía, y éste encerraba en sí todo el concepto de utilidad o ganancia.

Al mismo tiempo, Petty también conocía la existencia de un elemento diferencial en la renta. Ciento cincuenta años antes que Ricardo, formuló claramente la teoría de las rentas diferenciales. "Porque así como la gran necesidad de dinero aumenta el intercambio, la gran necesidad de trigo aumenta el precio de éste igualmente y, en consecuencia, el de la renta de la tierra que lo produce y, por último, el de la tierra misma; así, por ejemplo, si el trigo que alimenta a Londres, o a un ejército, se trajera desde un lugar distante cuarenta millas, el que se produjera a una milla de Lon-

²⁵ "Verbum Sapienti", *Economic Writings*, vol. 1, p. 181.

²⁶ D. Ricardo, *The Principles of Political Economy and Taxation* (ed. Everyman), Editado en español por el FCE.

²⁷ "Treatise", *Economic Writings*, vol. 1, p. 87.

²⁸ El mismo Marx lo hizo: *Theorien über den Behrwert*, vol. 1, p. 3.

dres o de los cuarteles del ejército, aumentará su precio natural en la cantidad que costaría traerlo de treinta y nueve millas."²⁹ Y aunque aquí no se dice nada de las diferentes fertilidades como causas de las rentas diferenciales (en otro lugar se encuentra una vaga referencia a esto), enumera otros factores, y el principio general no podría expresarse mejor.³⁰ Debe advertirse también que Petty dice muy claramente que la renta era determinada por el precio, y no viceversa. No sólo está esto dicho explícitamente en el examen de la renta diferencial que hemos citado, sino que está implícito en su estudio del origen de la renta como tal, que, como hemos visto, lo condujo a la teoría del valor trabajo.

Otra conclusión que Petty quiere sacar se refiere al valor de la tierra. "El problema —dice— consiste en saber cuántos años de ingresos (como solemos decir) equivalen al valor natural del dominio absoluto."³¹ El motivo por el cual este problema atrajo la atención de Petty es interesante y muestra el error en que cayó, a pesar de su genio. Aunque da pruebas sobradas de que cree fundamentalmente en una teoría del valor como producto del trabajo, parece inseguro, no obstante, acerca del papel que representa la tierra en la creación de valor. Hemos visto que un lugar hace de la tierra y del trabajo determinantes conjuntos del valor, lo cual se debe, probablemente, a una confusión entre valor de cambio y valor de uso. Cuando se refiere a este último, habla de tierra y trabajo; cuando trata del valor de cambio (al menos implícitamente), habla sólo de trabajo. Él mismo se daba cuenta de esta dicotomía: "Todas las cosas debieran ser valorizadas por dos denominaciones naturales, que son la tierra y el trabajo... Siendo así, debiéramos alegrarnos de encontrar una equivalencia natural entre tierra y trabajo, de suerte que podemos expresar el valor por uno u otro de ellos tan bien o mejor que por ambos, y reducir el uno al otro con la misma facilidad y exactitud con que reducimos peniques a libras."³²

Ya hemos visto cómo determinaba Petty el valor del trabajo. En cuanto al de la tierra, formuló una teoría de la capitalización de la renta o del *usus fructus per annum*. Esto es, manifiestamente, una ruptura con su dicotomía originaria de tierra y trabajo, ya que había determinado la renta como un producto excedente del trabajo. No percibe esta inconsecuencia y pasa a preguntar a qué tipo deberá capitalizarse. Como la teoría del excedente, de Petty,

²⁹ "Treatise", *Economic Writings*, vol. 1, p. 89.

³⁰ *Ibid.*, pp. 48-49.

³¹ *Ibid.*, p. 45.

³² *Ibid.*, p. 60.

es exclusivamente una teoría de la renta, no tiene otra tasa de rendimiento a que acudir que le ayude en la capitalización de la tasa de rendimiento de la tierra. Pero encuentra una salida ingeniosa. La gente, piensa Petty, pagará por la tierra un precio en consonancia con el rendimiento que obtenga de ella y el número de años que espere gozar de ese rendimiento esa persona o sus inmediatos descendientes. Petty considera como cálculo razonable tres generaciones. Y como "en Inglaterra estimamos que tres vidas son iguales a veintiún años", calcula el valor de la tierra por los ingresos que se obtengan durante veintiún años por concepto de renta. Esto se aplicaría allí "donde los títulos sean buenos y donde exista la seguridad moral de disfrutar de la compra". En otros países esto variará según los títulos, la cantidad de gente y el cálculo que se haga de tres vidas.³³

Este procedimiento de calcular el valor de la tierra puede usarse ahora en sentido contrario para encontrar la tasa de rendimiento del capital-dinero. En otras palabras, Petty no presupone una tasa de interés que deberá usarse en la capitalización de la tierra, sino que deriva sus conclusiones relativas al interés de su teoría de la renta y de los valores de la tierra. Dice explícitamente que se propone explicar la naturaleza de la renta "que se refiere también al dinero, cuya renta llamamos usura".³⁴ Y el capítulo sobre la usura sigue inmediatamente al estudio de la renta. La opinión general de Petty sobre la usura es sencilla: condena el cobro de intereses si el prestamista puede reclamar en cualquier momento al prestatario el pago de la deuda; pero si el prestatario tiene el disfrute del dinero prestado por un período de tiempo determinado, el prestamista puede justificadamente exigirle intereses. El tipo del interés, dice, anticipándose en esto a los fisiócratas, está determinado por la renta de la tierra. Cuando la seguridad del préstamo es indudable, el tipo de interés es igual a la "renta de tanta tierra como pueda adquirirse con el dinero prestado...; pero donde la seguridad es aleatoria, al simple interés natural debe unirse una especie de seguro".³⁵ Aunque el interés está, así, determinado por la renta, hay factores que lo hacen variar de tiempo en tiempo y de un lugar a otro y, en consecuencia, es imposible fijarlo por medio de la ley.

En su *Quantulumcumque concerning Money*³⁶ vuelve a insistir sobre este punto. Aquí encuentra Petty otra razón para expresar

una opinión implícita en gran parte de lo que escribió y que es una defensa de la libertad de comercio y una anticipación de la creencia en el "orden natural" que sustentaron los fisiócratas y los seguidores de Smith. Aprovecha su estudio del interés para hablar "de lo vano y estéril de contraponer las leyes civiles positivas a las leyes de la naturaleza".³⁷

Petty, pues, sustentó sobre la cuestión del interés opiniones más avanzadas que las mercantilistas corrientes aún en su tiempo. En cuanto a las divisas, tema del cual se ocupó poco, Petty, como los últimos mercantilistas, no compartió los temores de Malynes, si bien consideró a la usura análoga a las transacciones cambiarias; pero consideraba que la medida natural de cambio estaba establecida por el costo de trasladar el dinero en metálico de un lugar a otro, aunque podían surgir diferencias "cuando hay riesgos [y] mayores necesidades de dinero en un lugar que en otro, etc., o bien opiniones verdaderas o falsas sobre eso".³⁸ En consecuencia, rechazó todas las medidas legislativas encaminadas a fijar las tasas de cambio, y fue también un adversario decidido de las prohibiciones de exportar metales preciosos.

Petty no llegó mucho más allá en el desarrollo de una teoría de los pagos internacionales, y sus opiniones sobre el comercio exterior en general aparecen aún influidas por nociones mercantilistas. Sin embargo, sus alusiones a esta cuestión son pocas y se encuentran diseminadas, y puede decirse que se limitó a dar por cosas sentadas ciertas opiniones admitidas en su tiempo, sin dedicar mucha atención a los problemas que pretendían explicar. Parece haber creído con la misma firmeza que Mun que "el excedente [de los artículos exportados] sobre lo que se importa, trae al país dinero, etc."³⁹ Y su fe mercantilista en el valor de las exportaciones se pone claramente de manifiesto cuando dice que "Irlanda, exportando más de lo que importa, va empobreciéndose, paradójicamente".⁴⁰ Pero es evidente que su interés principal se encaminaba en otro sentido.

Sus opiniones sobre el dinero fueron también mercantilistas, por lo menos en sus primeros escritos. Concedía gran importancia al tesoro, como la forma más deseable de la riqueza, y aun en sus análisis del valor se interesó principalmente por la forma monetaria en que éste aparecía —vestigios de su pensamiento metalista.

³³ "Treatise", p. 45.

³⁴ *Ibid.*, p. 42.

³⁵ *Ibid.*, p. 48.

³⁶ *Economic Writings*, vol. II, pp. 447-48.

³⁷ "Treatise", *ibid.*, vol. I, p. 48.

³⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 48.

³⁹ "Political Arithmetick", *ibid.*, vol. I, p. 260.

⁴⁰ "Treatise", *ibid.*, vol. I, p. 46.

Sin embargo, sus propios métodos de análisis chocaban constantemente con esas opiniones admitidas. Debido especialmente a su labor estadística pudo Petty escapar, más que cualquier otro autor de aquel tiempo, a la confusión común entre dinero y capital. En sus estudios sobre Irlanda encontró que el dinero era sólo una fracción del gasto total anual del país, y esto mismo resultó cierto cuando trató de calcular la riqueza nacional de Inglaterra. Aunque todavía consideraba el dinero como un medio muy importante para activar el comercio, expresó a menudo la opinión de que un país podía tener demasiado o demasiado poco dinero.⁴¹ Y cuando intentó averiguar cuál era la provisión adecuada de dinero para un país, empleó el concepto de "velocidad de circulación" del dinero, que iba a desempeñar papel tan importante en la teoría monetaria posterior.⁴²

Su método de análisis mismo muestra que, a pesar de algunas equivocaciones ocasionales inevitables, estaba muy lejos de los rudimentarios errores monetarios de los mercantilistas. Aun cuando alaba las virtudes del dinero y del comercio (sobre todo del comercio exterior), y parece más cerca de la teoría del capitalismo comercial, introduce limitaciones importantes. Pensaba que el dinero y el comercio exterior eran importantes porque ayudaban a un país a desarrollar y perfeccionar su industria. Al mismo tiempo, el país debería esforzarse, por medio de una política adecuada, en mejorar la eficacia de la producción de las mercancías necesarias para el comercio. Una y otra vez hizo hincapié en el "arte" como ayuda de la producción;⁴³ y medía el poder del príncipe por "el número, arte y laboriosidad de su pueblo, bien unido y gobernado".⁴⁴

Petty fue aún más lejos en su *Quantulumcumque*, su examen más maduro sobre cuestiones monetarias. Categóricamente afirmó que una nación puede tener demasiado o demasiado poco dinero, sugirió que el dinero era necesario únicamente como una ayuda para el comercio y la industria, y presentó un cálculo de la cantidad de dinero necesaria en el que el concepto de velocidad de circulación también iba implicado. Repitió sus objeciones a la prohibición de exportar metales preciosos y a las reglamentaciones legales que limitaban los tipos de interés y de cambio. Las

⁴¹ "Verbum Sapienti", *ibid.*, vol. I, p. 113.

⁴² *Ibid.*, pp. 35-36, 112-13.

⁴³ Para una exposición interesante de la historia inicial de este concepto, véase E. A. J. Johnson, *Predecessors of Adam Smith*, cap. XIII, en el que se citan muchas de las opiniones de Petty.

⁴⁴ "Treatise", *ibid.*, vol. I, p. 22.

leyes existentes —decía— quizá eran "contrarias a las leyes de la naturaleza, y también impracticables".⁴⁵ Si un país tenía demasiado dinero, debía fundirlo, exportarlo como una mercancía a donde hubiera una demanda por ella, o prestarlo a donde el interés fuera elevado. Si tenía demasiado poco dinero, debería establecerse "un banco, que bien dirigido, casi duplicaría los efectos de nuestro dinero acuñado". Insistió una vez más en su creencia en la capacidad de Inglaterra para apoderarse del comercio del mundo (en su *Political Arithmetick* había intentado demostrar "que los impedimentos a la grandeza de Inglaterra eran contingentes y eliminables"). "Y tenemos en Inglaterra —decía— materiales para crear un banco que proporcione capital suficiente para impulsar el comercio de todo el mundo comercial",⁴⁶ provisión que se cumpliría unos cuantos años después.

Petty parece haber asimilado las ideas más refinadas de sus predecesores sobre los efectos de la adulteración de la moneda y el lugar de los metales preciosos en el comercio exterior. Cuando los estados adulteran la ley de su moneda —dice—, "son como comerciantes en quiebra, que cubren sus deudas pagando 16, 12 o 10 chelines por libra, u obligando a sus acreedores a cobrarse en mercancía a un precio muy superior al del mercado".⁴⁷ La moneda vieja y desigual debiera ser acuñada de nuevo a expensas del estado; pero la diferencia entre el valor de la moneda nueva y el de la vieja deberán afrontarla quienes tienen esta última, ya que, de otra suerte, la gente se sentiría tentada a "mermar" su propio dinero".⁴⁸ La moneda nueva afectaría muy poco al comercio exterior. En un razonamiento que recuerda a Mun, Petty demostró que los comerciantes seguirían llevando al extranjero mercancías o metálico con qué comprar productos extranjeros de acuerdo con sus precios relativos. Inglaterra no tiene por qué empobrecerse si se llevara metálico, ya que las mercancías que traieran a ella probablemente dejarían una utilidad.

Aunque Petty no examina de manera especial la relación entre el dinero y los precios, hace algunas declaraciones sobre la materia lúcidas e instructivas. Según él, la reducción de la ley contenida en una moneda de plata, no puede dejar de disminuir la cantidad de bienes que la gente estaría dispuesta a dar a cambio

⁴⁵ "Quantulumcumque", *ibid.*, vol. II, p. 445.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 446.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 443.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 440.

* Se refiere Petty al vicio de limar o cercenar de una moneda de oro o plata una porción del metal para lucrar con su venta. [Ed.]

de ella, excepto entre "esos tontos que toman la moneda por su nombre, y no por su peso y finura". No por tener mayor cantidad de chelines acuñados con la misma cantidad de plata, es uno más rico. Esto se demostraba con mayor claridad en el caso de artículos hechos con el metal con que se fabrica la moneda. Un orfebre no dará su vasija de plata "que pesa 20 onzas de plata labrada, por dieciocho onzas de plata sin labrar". Lo mismo ocurría con otras mercancías, "aunque no de manera tan demostrable como con mercancías cuyos materiales son los mismos de la moneda".⁴⁹

Hasta aquí Petty: el espacio que le hemos dedicado puede parecer excesivo si se le compara con la breve exposición que haremos en seguida de otros escritores preclásicos; tantas veces se ha olvidado la significación de Petty como el más importante de los precursores de Smith y de Ricardo, que parecía necesario equilibrar la balanza.

4. LOCKE; NORTH; LAW; HUME

En la primera mitad del siglo XVIII, el pensamiento económico se desarrolló rápidamente en Inglaterra, y un gran número de escritores cuyas aportaciones son de interés; pero, en general, tales aportaciones no son sino refinamientos de puntos originariamente planteados por Petty, o cambios de diversa importancia en el interés concedido a materias ya conocidas. Entre todos esos escritores, escogeremos sólo unos cuantos para estudiarlos con brevedad. Elegimos a John Locke y a sir Dudley North como continuadores inmediatos de Petty; sir Dudley North fue también en su tiempo el defensor más importante de la libertad de comercio. Merecen ser mencionadas las teorías monetarias de John Law, así como los comprensivos escritos de sir James Steuart. Cantillon, que ha sido redescubierto en fecha relativamente reciente, muestra la más estrecha afinidad con los fisiócratas franceses; y las obras económicas de David Hume, cuyo mérito se ha exagerado algunas veces, son importantes como síntesis del pensamiento económico anterior a Adam Smith.

A Locke y a North se les estudia mejor juntos, tanto en sus relaciones con el pensamiento mercantilista como con las teorías de Petty. En lo que respecta al comercio exterior, sus opiniones difieren considerablemente. Locke estaba muy influido por las nociones mercantilistas, y todavía insistía en que un país se enriquece

⁴⁹ "Quantulumcumque", pp. 441-42.

si exporta más de lo que importa. Por otra parte, North, en su *Disertaciones sobre el comercio* (1691), adoptó una actitud libre-cambista intransigente. Hizo un ataque devastador contra el proteccionismo, y en particular contra la prohibición de comerciar con Francia. Él fue quien por primera vez expresó la opinión de que la totalidad del mundo formaba una unidad económica semejante a una sola nación. Consideraba provechosas todas las industrias, porque nadie persistiría en una ocupación improductiva; e identificaba el bien público con el privado de una manera que hubiera convenido muy bien a un escritor utilitarista del siglo XIX. Su enérgico folleto no fue bien recibido, cosa natural en una época en que eran aún la regla las restricciones al comercio exterior; pero como exponía opiniones que estaban en armonía con la tendencia del desarrollo económico, su influencia teórica fue grande.

Las opiniones de estos dos escritores sobre los problemas fundamentales del análisis económico tuvieron una importancia más inmediata. Tanto Locke como North desarrollaron algunos de los puntos de la teoría de Petty sobre la renta, el interés y el dinero. Compartieron sus ideas sobre el envilecimiento de la moneda, y Locke especialmente hizo un estudio muy bueno del efecto del envilecimiento sobre los precios en su obra *Algunas consideraciones sobre las consecuencias de la baja del interés y aumento del valor del dinero* (1691). Ambos se opusieron, lo mismo que Petty, a las leyes que limitaban el interés. Locke siguió a Petty muy de cerca al derivar su teoría del interés de un análisis de la renta. Aún consideraba la renta como el único excedente, e investigó cómo el dinero, que por naturaleza es estéril, podía tener el mismo carácter productivo que la tierra, la cual sí producía algo útil. Llegó a la conclusión de que así como la desigual distribución de la tierra permitía a quienes tenían más de la que podían cultivar por sí mismos, tomar un arrendatario a quien cobraban renta, así también la desigual distribución del dinero permitía a quienes lo poseían conseguir un arrendatario a quien pudieran cobrar un interés.

North llegó más lejos. Parece que fue el primero que tuvo una idea clara del capital, al que llamaba acervo (*stock*). Para él, el préstamo de "acervos" (*stock-in-trade*) que hacían quienes carecían de habilidad para usarlo o querían librarse de la molestia de hacerlo, era equivalente al arriendo de tierra. El interés que percibían los prestamistas era una renta del dinero análoga a la renta de la tierra. Los terratenientes y los "capitalistas" (*stocklords*) eran iguales. North no conservaba ni huella del amor mercantilista

por el tesoro. Pensaba que nadie podía enriquecerse conservando todos sus bienes en forma de dinero. Los únicos que podían aumentar su riqueza eran aquellos que constantemente obtenían un provecho de sus bienes, ya sea prestándolos o utilizándolos en el comercio.⁵⁰ A nadie le interesaba conservar su dinero; todos querían disponer de él de manera que les rindiese una ganancia.

Locke y North, pero sobre todo el primero, fueron llevados a estudiar el valor, el precio y el dinero por su examen de la naturaleza del interés. North dijo pocas cosas acerca del valor en sí mismo, aunque estudió el precio. Las opiniones de Locke sobre el valor no son fáciles de descubrir, pues se ocupa pocas veces de este asunto y no se encuentran en el mismo lugar que sus principales estudios económicos. En *Dos tratados sobre el Gobierno* (1690), parece compartir la opinión de Petty sobre el origen del valor. En un estudio que trata principalmente de la propiedad afirmó que la tierra pertenecía a todos los hombres en común. Sin embargo, la propiedad privada se justifica en la medida en que el ser humano ha unido su propio trabajo a los dones de la naturaleza. La propiedad legítima estaba determinada por la cantidad que un individuo necesitaba para su manutención. La propiedad de la tierra estaba limitada igualmente por la cantidad que un individuo podía cultivar y cuyos productos podía utilizar. El trabajo era la principal fuente de valor. Casi todo el valor de los productos de la tierra se debía al trabajo; el resto era un don de la naturaleza.⁵¹

Sin embargo, en ninguna de esas exposiciones llega Locke a la conclusión de Petty de que el trabajo es también la medida del valor. Parece haberse limitado al valor de uso y haberse esforzado en demostrar la importancia del trabajo en su producción. Consistentemente o no, soslayó el problema del origen del valor de cambio, e hizo un análisis que ha sido considerado como una teoría del precio basado en la oferta y la demanda.⁵² Dicho análisis se encuentra en su *Consecuencias*, pero empieza con una exposición sobre el dinero en su *Gobierno*. Para Locke, el dinero poseía un valor puramente imaginario creado por el consenso común. Pues to que el dinero no es perecedero, desaparecía uno de los límites a su acumulación en manos privadas (que nadie debiera tener de

⁵⁰ D. North, *Discourses upon Trade; principally directed to the cases of the Interest, Coinage, clipping, increase of Money* (1691), p. 11.

⁵¹ J. Locke, *Two Treatises concerning Government* (ed. Morley, 1884), pp. 203-16.

⁵² Véase el interesante estudio de las opiniones de Locke en la obra de R. Zuckerkandl, *Zur Theorie des Preises* (1936), pp. 125-31, 233-4.

una cosa más de lo que necesitara). Así se hicieron posibles las grandes desigualdades de propiedad, aunque todavía quedaba un límite a la cantidad que pudiera poseerse legítimamente, a saber, la cantidad de trabajo del individuo que le permitía obtener una ganancia.⁵³ Sin embargo, en su *Consecuencias*, Locke atribuyó al dinero un "doble valor". Uno nacía de la facultad del dinero para producir un ingreso anual (análogo a la renta); el otro es el mismo que el de los demás "artículos necesarios o útiles para la vida" que el dinero puede procurar mediante el cambio. Locke incurre así en el error mercantilista de identificar dinero y capital, error que North había evitado.

Sin embargo, fue la importancia que Locke dio al dinero como medio de cambio lo que le sirvió de punto de partida para su estudio posterior sobre la materia. Se basó dicho estudio sobre la teoría cuantitativa del dinero, ya esbozada en relación con el problema del envilecimiento de la moneda. Contra la dominante opinión mercantilista de que un tipo bajo de interés aumentaría los precios, Locke sostenía que los precios estaban determinados por la cantidad de dinero en circulación. Esta opinión se basaba en una teoría de los precios como consecuencia de la oferta y la demanda. Aunque la "venta" de una cosa "depende de su necesidad o utilidad",⁵⁴ sin embargo, la cantidad vendida en un momento dado estaba determinada por la "parte de efectivo en circulación que la nación destinara a la compra" de dicha cosa.⁵⁵ La cantidad disponible y la cantidad vendida y el número de compradores y de vendedores decidían el precio en el mercado. En el caso del dinero, la venta era siempre segura; por lo tanto, "su sola cantidad es suficiente para regular y determinar su valor, sin necesidad de tomar en consideración ninguna proporción entre su cantidad y su venta, como en el caso de las demás mercancías".⁵⁶ Muchos otros pasajes podrían citarse para demostrar que Locke, no obstante algunas contradicciones ocasionales, sustentó la opinión de que los cambios en la cantidad de dinero tenían que afectar a los precios.

La mayor contradicción de Locke en relación con la teoría cuantitativa se nos presenta en la aplicación que de ella hace a los precios internacionales. Tenía que conciliar su teoría cuantitativa con su deseo mercantilista de un excedente de exportación

⁵³ J. Locke, *op. cit.*, pp. 215-16.

⁵⁴ J. Locke, *Some Consideration of the Consequences of the Lowering of Interest and Raising the Value of Money* (1692), p. 48 y *passim*.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 44.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 70.

que trajera tesoro al país. Al igual que Petty, llegó al convencimiento de que cualquier cantidad de dinero bastaba para que un país pudiera realizar su comercio; pero hizo aún más hincapié que Petty en que era deseable que Inglaterra tuviera más dinero que sus rivales comerciales. Su solución fue ingeniosa. Puesto que los países comerciaban entre sí —decía—, las cantidades de dinero que necesitaban ya no son cosa indiferente. Los precios de todas las mercancías expresados en metales preciosos deben ser los mismos en todos los países. No obstante, si un país tuviese menos dinero que otros, sus precios serían más bajos y, por lo tanto, se vería obligado a vender barato y comprar caro, estado de cosas que temían todos los mercantilistas. Así pues, Locke es llevado por un razonamiento diferente a una posición no muy distinta de lo de Malynes, que ya había sido abandonada por Mun.⁸⁷

Pero esas extravagancias mercantilistas no tienen importancia comparadas con el uso principal que Locke hizo de la teoría cuantitativa del dinero. En el problema del interés, su posición era clara. Evitó los errores de Child y de Culpepper, y consideró el interés como consecuencia, y no causa, de la cantidad de dinero que buscaba aplicación. North expresó esta opinión aún con más claridad. El tipo de interés —decía—, caería si hubiera más prestamistas que prestatarios. Una tasa baja de interés no ayuda al comercio; por el contrario un aumento del comercio aumentaría el volumen de dinero (*acervo, stock*) y haría descender la tasa del interés.⁸⁸ Fue aún más lejos, y adoptó la opinión de Mun acerca de la distribución de los metales preciosos mediante el comercio internacional. Cualquiera que fuese la cantidad de dinero traído del exterior o extraído de las minas del país, todo lo que excediera de las necesidades del comercio no era sino una mercancía más que debía ser tratada como tal. Esta opinión muestra de nuevo hasta qué punto se había librado North de la superstición mercantilista.

La importancia de Locke y de North estriba en el significado social y político de su actitud ante la renta y el interés. Sus teorías económicas no fueron el resultado de un ataque deliberado contra las clases terratenientes (problema éste que aún no era importante), pero tomadas en conjunto con toda la filosofía política de Locke, muestran un cambio de visión que tendría más tarde una gran importancia. Aunque todavía se consideraba a la producción de la tierra como la única forma en que podía obte-

⁸⁷ *Ibid.*, p. 76.

⁸⁸ D. North, *Discourses upon Trade*, p. 4.

nerse un excedente, y aunque el interés, analíticamente, se derivaba de la renta, las conclusiones eran desfavorables a los terratenientes. El efecto neto que produjeron fue socavar más todavía la pretensión de una posición social especial sustentada en la propiedad territorial, y contribuir a la erección de la propiedad privada *per se* como institución del capitalismo. Además, el ataque a la limitación de la tasa de interés iba en perjuicio de los terratenientes, para quienes una tasa baja de interés significaba una tasa alta de capitalización de sus rentas, es decir, valores altos de la tierra. Pronto encontraremos en la obra de los fisiócratas un desarrollo semejante a éste, aunque en forma un tanto diferente.

De los otros escritores, John Law es más famoso como hombre de negocios que como economista; pero hizo una aportación a la teoría del dinero que merece citarse, pues contiene los principios de una idea que habían de desarrollar después ciertos teóricos de la moneda. Law no creyó, como se ha supuesto algunas veces, que el papel moneda equivaliese a la moneda metálica. Compartía, sin embargo, la idea mercantilista de que el dinero poseía una fuerza activa y que era necesaria una buena cantidad de él a fin de crear fuentes de trabajo. Su aportación principal al pensamiento mercantilista fue combatir la confianza en el excedente de las exportaciones (creado mediante prohibiciones de las importaciones) para obtener una buena cantidad de dinero. En lugar de eso, sugirió la emisión de papel moneda, proposición que en aquel tiempo fue formulada con frecuencia, aunque con menos consistencia, y que Law pudo llevar a la práctica con resultados desastrosos.⁸⁹ Como buen mercantilista, deseaba que el estado tuviera un acervo de tesoro, y esperaba que sus billetes ocuparían el lugar del dinero en metálico en las transacciones del público y que, así, el metálico se acumularía en la tesorería del estado. La inflación que produjo su política fue una de las más graves de los tiempos modernos, y causó, junto con la ruina del propio Law, la destrucción de muchas empresas industriales especuladoras. Fue un mérito fortuito de Law el haber contribuido a la creación de las condiciones que inspiraron el pensamiento fisiocrático, porque la única clase de propiedad que pareció haber salido indemne de la depresión postinflacionaria fue la tierra. Este hecho, unido al aumento y mejora subsiguientes de la actividad agrícola, explica, en gran parte, la tendencia que siguió el pensamiento de los economistas franceses del siglo XVIII.

⁸⁹ Véase E. F. Heckscher, *Mercantilism*, vol. II, pp. 234-36. [*La época mercantilista*, trad. de Wenceslao Roces, México, rce. (1945).]

A Law se le ha considerado también fundador de una teoría subjetiva del valor, con especial referencia al valor del dinero.⁸⁰ Rechazó definitivamente la idea de que el dinero tenía un valor imaginario. Según él, nada tenía un valor si no es por el uso que uno le da. Lo mismo sucedía con la mercancía dinero, aun en relación con sus usos monetarios. El servicio que prestaba como dinero no era diferente de sus otros servicios, ni de los servicios de cualquier otra mercancía.⁸¹ Con esta teoría, Law viene a ser un precursor de la escuela austriaca.

Aunque David Hume es famoso principalmente como filósofo, también es muy conocido por sus estudios de teoría económica. Recientemente ha surgido incluso una tendencia a considerarlo como el más importante de los economistas pre-smithianos; pero tal opinión parece excesivamente generosa. En su *Political Discourses* (1752) incluyó algunos ensayos económicos, entre los cuales los más importantes son: *Of Money*, *Of Interest*, *Of Commerce* y *Of the Balance of Trade*. Todos están escritos con claridad y a menudo contienen un sumario y una síntesis excelentes de las ideas de sus predecesores. En este sentido, sin embargo, es muy superior *Essai sur la nature du commerce en général*, de Cantillon, publicado en 1755, pero escrito probablemente más de veinte años antes.

Como pensador original en el campo de la economía no puede aspirar Hume a consideración tan elevada como en el campo de la filosofía. Repitió algunas veces los errores mercantilistas que ya habían sido descartados y que, desde luego, no reaparecieron en Adam Smith. Su alabanza de los comerciantes como "una de las razas más útiles de hombres" y como fuerza motriz de la producción, suena un tanto raro después de los escritos de Petty, Locke y North.⁸² Alabó ocasionalmente los usos del dinero para estimular el comercio y subrayó la deseabilidad del tesoro. Pero adoptó y acentuó la opinión de Locke de que el dinero era sólo un símbolo y que no tenía importancia la cantidad de él que poseyera una nación. Basándose en la teoría cuantitativa del dinero, pensaba que era erróneo el argumento de la balanza de comercio, ya que el movimiento de metálico afectaría a los precios y, por lo tanto, al comercio de mercancías. La balanza comercial de un

⁸⁰ L. Mises, "Die Stellung des Geldes im Kreise der wirtschaftlichen Güter", en *Wirtschaftstheorie der Gegenwart*, vol. II (1932), p. 310.

⁸¹ J. Law, "Considérations sur le numéraire et le commerce", en *Économistes financiers du XVIII^e siècle* (ed. Daire, 1851), pp. 447 ss.

⁸² D. Hume, "Political Discourses", en *Essays, Moral, Political, and Literary* (ed. T. H. Green y T. H. Grose, 1875), vol. I, p. 324.

país no podía ser permanentemente favorable o desfavorable. A la larga, se establecería una balanza de acuerdo con las condiciones económicas relativas de los países de que se tratase. Por lo tanto, Hume se puso del lado de los librecambistas; pero su defensa de la libertad de comercio no fue más decidida que la de North.⁸³

Las aportaciones más interesantes que Hume hizo al pensamiento económico se refieren al dinero, los precios y el interés. En sus opiniones se encuentra una mezcla de argumentos que apoyaban y contradecían a Locke. En su teoría del dinero y en la opinión de que los precios eran determinados por la cantidad de aquél, siguió a Locke y hasta fue más consecuente que él; pero en la teoría del interés, por otra parte, se le opuso en algunos puntos. Al igual que Locke, consideraba como totalmente ficticio el valor del dinero: representaba mercancías, y su valor en el proceso del cambio estaba determinado por la relación entre su cantidad y la cantidad de bienes por los cuales se habría de cambiar. De aquí se sigue que los cambios en el volumen del dinero en circulación afectarían a los precios de las mercancías. Hume tenía presentes los grandes cambios de los precios causados por el aumento de producción de metales preciosos en las minas recién descubiertas en América del Norte; pero no distinguió entre los cambios en el valor de la mercancía dinero misma y las variaciones en las relaciones de cambio entre el dinero y las mercancías causadas por un aumento en el volumen del dinero en circulación. Su opinión sobre el dinero le llevó a creer que el precio de las mercancías sería siempre proporcional a la cantidad de dinero. Por lo tanto, la cantidad absoluta de este último no importaba, punto que ilustró con un ejemplo célebre.⁸⁴

No obstante, Hume pensaba que los cambios en la cantidad de dinero tenían cierta importancia, ya que podían modificar las costumbres de la gente. Los precios podían no cambiar si los cambios en la cantidad de dinero fuesen acompañados por cambios en las costumbres que afectarían el volumen del comercio y la demanda de dinero. Sin embargo, si aquéllos subían debido a un aumento de dinero, los efectos serían beneficiosos, porque

⁸³ Marx dice que las declaraciones de Hume sobre todos esos puntos sólo eran repeticiones de las opiniones anteriormente expuestas por Vaubert en *Money answers all things* (1734) (*Anti-Dühring*, p. 254). No he sido capaz de comprobar esa aserción que Marx usa para menospreciar a Hume; pero, en todo caso, no tiene importancia para una estimación de los méritos de Hume.

⁸⁴ D. Hume, "Political Discourses", *op. cit.*, vol. I, p. 333.

se estimularía la industria. En este punto fue particularmente lúcido el análisis de Hume. Al rashear el camino que seguiría un aumento de la cantidad de dinero y la manera gradual en que afectaría a los precios, desarrolló una teoría que adoptaron después muchos economistas.

Los aumentos en la cantidad de dinero sólo eran beneficiosos debido a que sus efectos no aparecían hasta algún tiempo después. "La cantidad creciente de oro y plata es favorable a la industria únicamente en el intervalo o situación intermedia entre la adquisición de dinero y el alza de los precios." Los precios de los diferentes bienes van siendo afectados sucesivamente, y el aumento de dinero "acelerará la diligencia de cada individuo antes de que aumente el precio del trabajo".⁶⁵ En otras palabras, David Hume describió lo que J. M. Keynes calificó de una *inflación de utilidades*, que se realiza a expensas de la mano de obra.

En su ensayo *Of Interest* Hume empezó por exponer la doctrina, muy difundida en su tiempo, de que una tasa baja de interés era la señal más segura del estado floreciente del comercio de un país. Pero después de rendir su tributo a la doctrina de Culpepper y Child, pasó a demostrar, como Petty, Locke y North, que una tasa baja de interés no era una causa, sino un efecto y, en consecuencia, se unió a ellos en su oposición a que el estado reglamentase el interés. Pero fue más lejos que Locke al rechazar la opinión de que una tasa baja de interés era consecuencia de la abundancia de dinero, aunque admitía que ambas cosas se presentaban juntas. Entre los factores que determinan la tasa de interés distinguía ante todo, como ya lo había hecho North, la oferta y la demanda de prestatarios y prestamistas. Pensaba que "una gran demanda de préstamos" y "pocas riquezas para satisfacer dicha demanda" producirían una tasa alta de interés. Pero aquellas dos cosas eran a su vez consecuencias de un volumen pequeño de industria y de comercio. Adoptó la opinión de North de que el capital tenía la cualidad de crear ganancia, y añadió un tercer determinante de la tasa de interés: las utilidades que se obtienen del comercio. Consideraba cosas interdependientes las ganancias y el interés. "Las utilidades bajas de las mercancías inducen a los comerciantes a aceptar de mejor grado un interés bajo." Por otra parte, "nadie aceptará ganancias bajas cuando puede obtener un interés alto"; y las utilidades y el interés bajos son resultado de un comercio abundante.

Aunque repitió que la tierra era la fuente de todas las cosas

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 313-14.

útiles, Hume mostró poca inclinación por las clases terratenientes. Señaló que los terratenientes que recibían rentas sin ningún esfuerzo de su parte tendían a ser manirrotos, disminuían más que aumentaban la cantidad de capital disponible, y así contribuían a elevar la tasa de interés. Las clases comerciales, en cambio, trabajaban constantemente en beneficio de la nación creando una abundancia de capital y utilidades bajas. "La desproporción entre el número de avaros y manirrotos que existe entre los comerciantes se da a la inversa entre los terratenientes", porque su ocupación lucrativa dará al comerciante la pasión de la ganancia y no conocerá "placer comparable al de ver crecer diariamente su fortuna". El comercio, pues, crea frugalidad, contribuye a la acumulación y aumenta el número de prestamistas. Al mismo tiempo, un comercio muy desarrollado produce competencia: "Deberán surgir rivalidades entre los comerciantes"; y esto disminuye las ganancias y, por consiguiente, el interés.⁶⁶

Cualesquiera que sean los méritos de Hume como pensador original, su lugar como uno de los exponentes más notorios de la nueva economía está claramente definido. Sus opiniones sobre las clases terratenientes y su reconocimiento de que el interés personal y el deseo de acumular son las fuerzas que impulsan la actividad económica, contribuyeron en su tiempo a consolidar las fuerzas que estaban a punto de conquistar la supremacía económica y ya habían alcanzado mucho poder político.

5. CANTILLON; STEUART

Essai sur la nature du commerce en général (1755)⁶⁷ es la exposición más sistemática de principios económicos anterior a *La riqueza de las naciones*. Desde que Jevons lo redescubrió hace poco más de cincuenta años, su prestigio ha aumentado sin cesar a tal grado que ahora existe el peligro de que el justificable orgullo

⁶⁶ D. Hume, "Political Discourses", *op. cit.*, vol. 1, pp. 320-30. La mayor parte de las opiniones de Hume sobre el interés se encuentran también en una publicación anónima, *An Essay on the governing causes of the natural rate of interest; wherein the sentiments of Sir William Petty and Mr. Locke on that head are considered*, que apareció en 1730, dos años antes que los ensayos de Hume y que Marx atribuye a un J. Massie, pero sin ninguna documentación. Karl Marx, *Thöerien über den Mehrwert*, vol. 1, pp. 23 ss.

⁶⁷ Una excelente reimpresión editada por H. Higgs y que contiene traducción inglesa y artículos sobre Cantillon y su obra, fue publicada por Royal Economic Society en 1931. Todas las notas subsiguientes sobre Car remiten a esta edición.

de sus padres adoptivos haya concedido a Cantillon un lugar demasiado alto, más bien que demasiado bajo, en la historia de la teoría económica. Hay que subrayar, sin embargo, que el mérito de Cantillon no estriba sólo en haber escrito un tratado brillante y bien planteado, y en haber formulado elegantemente ideas que ya existían, sino, además, en haber hecho algunas aportaciones originales sobre puntos particulares del análisis económico.

El tratado empieza con la definición de la tierra como fuente de la riqueza, del trabajo como la fuerza que la produce, y de todos los bienes materiales como sus partes constitutivas. Estudia en seguida la estructura económica, los salarios, el valor, la población y el dinero. La segunda parte del libro está dedicada principalmente a los problemas monetarios, el cambio y el interés; y la tercera trata del comercio exterior, del mecanismo de los cambios monetarios, la banca y el crédito. En las dos últimas partes es donde Cantillon sobresale por la originalidad del análisis y de la exposición. Pues es aquí donde se muestra capaz de combinar su penetración en los principios económicos con su experiencia comercial, y escribir frases que podrían figurar en cualquier obra moderna sobre esas materias. No hay en él ninguna de las dificultades relativas al mecanismo de los pagos exteriores que tanto habían molestado a Locke. Si un estado —dice— tiene un excedente de exportación durante un tiempo considerable y extrae metálico de otros países, “la circulación se hará más considerable allí..., abundará más el dinero, y en consecuencia la tierra y el trabajo serán cada vez más caros”.⁶⁸ Esto enderezará con rapidez la balanza comercial.

Desarrolló aún mejor que Hume el análisis de los efectos de un aumento del medio circulante. Suponiendo un aumento de la producción de las minas de oro, Cantillon puede mostrar en qué forma se distribuyen los beneficios del mayor poder de compra que resulta de dicho aumento. Los propietarios, fundidores, refinadores y demás trabajadores serán los primeros en poder aumentar su demanda de alimentos, ropas y artículos manufacturados. Los proveedores de esas mercancías podrán a su vez aumentar sus gastos; pero disminuirá necesariamente la parte de mercancías que va al resto de la población del país, porque al principio no participa de la riqueza de las minas. Entonces sigue minuciosamente la senda que siguen los precios ascendentes y los subsiguientes cambios en la distribución de la riqueza, sin ignorar los efectos

⁶⁸ R. Cantillon, *Essai sur la nature du commerce en général*, pp. 157-9. [*Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*, trad. de Manuel Sánchez Sarto, México, fce. (1950).]

internacionales. En conjunto, este razonamiento sigue siendo una excelente demostración de un aspecto importante de la teoría monetaria.⁶⁹ Cantillon también sabía que los efectos de un aumento de la mercancía dinero y los del papel moneda sólo aparentemente son iguales. En último término, una abundancia de dinero “ficticio” desaparecería “al primer soplo de descrédito” y precipitaría el desorden.⁷⁰

También en la cuestión del cambio monetario acertó Cantillon a exponer con claridad los principios en que descansan las prácticas económicas. Demostró mejor que todos los escritores anteriores la relación entre el comercio de mercancías, la especulación y el movimiento de metálico; y demostró igualmente su interacción con los tipos de cambio y los niveles de precios en el mecanismo de los pagos internacionales. Particularmente lúcida fue su explicación de las causas que hacen subir o bajar la paridad cambiaria y el modo como pueden preverse y aminorarse esos movimientos.⁷¹

Los problemas centrales del valor, los salarios y los precios se encuentran en la primera parte del *Essai*; no siempre los trata Cantillon de manera que sorprenda. Aquí debe más a sus predecesores y se adelanta a ellos menos que en otras materias. En particular, el análisis del valor es un tanto inconsecuente, aunque quizás por esa misma razón puede tomarse a Cantillon como uno de los primeros representantes del eclecticismo que llegó a ser una característica del pensamiento económico inglés. Su teoría del valor es en su origen una teoría del valor-trabajo; pero se transforma en una teoría del costo de producción con alguna mezcla de una teoría de la oferta y la demanda. La primera corriente de ideas se deriva en gran parte de Petty, y la segunda, de Locke.

Hemos visto que Cantillon repite con diferentes palabras la teoría de Petty sobre el origen de la riqueza. En el capítulo x de su *Essai* pasa a desarrollar una teoría sintetizada en el título de dicho capítulo: “El precio y el valor intrínseco de una cosa en general es la medida de la tierra y el trabajo que entran en su producción.”⁷² El significado del análisis que sigue es éste: si dos bienes son producidos por la misma cantidad de tierra y de trabajo de idénticas realidades, tendrán el mismo valor; pero variará la proporción en que tierra y trabajo determinan el valor de los distintos bienes. En algunos casos —un muelle de reloj, por ejem-

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 163-7.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 311.

⁷¹ *Ibid.*, pp. 257-9.

⁷² *Ibid.*, p. 27.

plo— "el trabajo constituye casi todo el valor". En otros —por ejemplo, el precio de "un bosque que se piensa talar"— la tierra es el principal determinante.⁷³

Además de hacer que el costo de producción (salarios de los trabajadores más costo del material) determine el valor, Cantillon distingue también entre el valor intrínseco y el precio fluctuante a que se venden los bienes en el mercado. Un hombre rico que ha gastado mucho dinero en hermosear su propiedad no obtendrá necesariamente su valor intrínseco cuando la venda. Tampoco los agricultores recibirán los gastos de tierra y de trabajo que han entrado en la producción de trigo si han producido más de lo necesario para el consumo. El exceso de oferta resultante sobre la demanda reducirá el precio de mercado por debajo del valor intrínseco. Los valores intrínsecos no cambian nunca; pero como siempre es imposible distribuir la producción entre las diferentes mercancías en perfecta armonía con el consumo, habrá variaciones en los precios de mercado.

Las fuerzas de la oferta y la demanda se mencionan de nuevo en relación con el problema del dinero. Cantillon está de acuerdo con la teoría cuantitativa de Locke, pero la corrige observando que las mercancías destinadas a la exportación deben excluirse cuando se compara la masa de mercancías con el volumen del dinero circulante. Sin embargo, no está de acuerdo con la opinión de Locke sobre el valor del dinero. Al igual que Law, no acepta que el dinero tenga un valor imaginario. Es verdad —dice— que el consenso común es lo que ha dado valor al oro y a la plata; pero lo mismo ocurre con todas las cosas que no pueden considerarse absolutamente necesarias para la vida. Los metales preciosos tienen un valor que se determina exactamente de la misma manera que el de cualquiera otra mercancía, a saber, por la tierra y el trabajo que entran en su producción.⁷⁴

Cantillon desarrolla este punto con cierta amplitud. Expone una teoría del valor del dinero y de la función de éste como medida de valor, basada en la teoría del valor-trabajo. "El valor intrínseco de los metales —dice—, es como el de todas las demás cosas, proporcional a la tierra y el trabajo que entran en su producción", aunque su valor en el mercado, como el de las demás mercancías, pueda variar de acuerdo con la oferta y la demanda.⁷⁵ En cuanto a su función de medida de valor, el dinero "debe co-

⁷³ *Ibid.*, p. 29.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 113.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 97.

responder de hecho y en realidad, medido en tierra y trabajo, a los artículos que por él se cambian".⁷⁶

Como a Petty, a Cantillon lo inquietaba el planteamiento de una fuente dual del valor, y en el capítulo xi investiga si "puede encontrarse alguna relación entre el valor del trabajo y el de los productos de la tierra".⁷⁷ Esta investigación sobre la paridad (exposición tomada de Petty) conduce a un estudio de los salarios cuyos resultados se parecen algo a los de Petty. La clave de la paridad debe encontrarse en la cantidad de subsistencias necesarias para producir una cantidad dada de trabajo. De ahí puede deducirse la cantidad de tierra que se ha dedicado a ese objeto, y establece así una equivalencia entre tierra y trabajo. Cantillon utiliza muchos ejemplos que se refieren a esclavos, siervos, artesanos y otros más, y concluye que el valor intrínseco del trabajo se encuentra en la cantidad de tierra necesaria para producir el sustento de los trabajadores, más una cantidad igual para sostener a dos hijos hasta la edad en que puedan trabajar. Habla de dos hijos porque acepta el cálculo de Halley, según el cual la mitad de los niños que nacen mueren antes de cumplir los diecisiete años.

El razonamiento de Cantillon en este capítulo es tan claro como cualquiera otra formulación de la teoría clásica de los salarios. Tuvo además el honor de ser citado por Adam Smith.⁷⁸ Para completar la teoría de Cantillon sobre los salarios es necesario añadir que se adelantó a buena parte de los razonamientos de Smith sobre la diferencia de los salarios en las diversas ocupaciones.⁷⁹ Por último, puede decirse que anticipó ideas sobre la población que más tarde hizo famosas Malthus.⁸⁰

El último de esta serie de precursores inmediatos de Adam Smith fue sir James Steuart. Aunque el escritor más fecundo de todos ellos, añade relativamente poco al cuerpo de la doctrina. En algunos aspectos representa la vuelta a los mercantilistas, si bien en otros, sobre todo en la teoría del dinero, supera a Hume. La principal obra de Steuart, su *Principles of Political Economy*, publicada en 1767, lleva un título que se convirtió en el título típico de todos los tratados extensos, aunque no fue Steuart el primero en usar la expresión "economía política". Sin embargo, su libro no

⁷⁶ *Ibid.*, p. 111.

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 31 ss.

⁷⁸ Adam Smith, *Wealth of Nations*, ed. W. R. Scott (1925), vol. 1, p. 69.

⁷⁹ R. Cantillon, *op. cit.*, pp. 19-21.

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 67 y 83.

es completo y es inferior al de Cantillon como exposición sistemática de la materia.

Los residuos mercantilistas en el pensamiento de Stuart se refieren al origen de la utilidad o ganancia, o sea al excedente. Stuart habla todavía de una utilidad que nace del cambio, es decir, cuando una mercancía se vende en más de lo que vale; pero fue más lejos y admitió que esa utilidad realmente no creaba nueva riqueza. Por lo tanto, distinguió entre ganancia positiva y ganancia relativa. Esta última representaba sólo "una vibración del equilibrio de la riqueza entre las partes"; pero no añadía nada al volumen existente de acervo. Del otro lado, la ganancia positiva no causaba ninguna pérdida a nadie; surgía de un aumento general del trabajo, la industria y la habilidad, y acrecentaba el bien público.⁸¹

Distinción semejante hizo al explicar el valor. Expone una teoría del valor como producto del costo de producción, y distingue entre el valor real de las mercancías y la ganancia de la enajenación obtenida al venderlas. El valor real estaba determinado por tres factores: primero, la cantidad de él que podía producir un trabajador por término medio en un tiempo determinado; segundo, "el valor de las subsistencias y gastos necesarios del trabajador, tanto para satisfacer sus necesidades personales como para proveerle de los instrumentos correspondientes a su profesión"; y tercero, el "valor de los materiales, o sea de la materia prima que emplea el trabajador". Dadas esas tres cantidades, queda determinado el valor real de un bien. Todo lo que lo exceda es ganancia para el manufacturero y depende de las circunstancias de la oferta y la demanda.⁸² La importancia de este análisis es doble. En primer lugar, hace que la ganancia del manufacturero nazca sólo del cambio, y esto representa una aplicación consecuente de la teoría mercantilista del excedente. En segundo lugar, lleva a Stuart a desarrollar una teoría de la oferta y la demanda muy completa para su tiempo.

Podemos sintetizar esa teoría⁸³ del modo siguiente: los precios están en equilibrio cuando están niveladas la demanda y el trabajo. (La teoría de Stuart del valor real demuestra que pensaba en la armonía entre los precios de mercado y el valor intrínseco, del mismo modo que Cantillon.) El equilibrio puede rom-

⁸¹ *The Works, Political, Metaphysical, and Chronological of the late Sir James Stewart* (editadas por su hijo sir James Stewart, 6 vols., 1803), vol. I, pp. 275-6.

⁸² *Works of Sir James Stewart*, pp. 244-6.

⁸³ *Ibid.*, p. 289.

perse, y los precios variarían. Stuart enumera algunos de los factores que podían causar discrepancias entre la oferta y la demanda, los más importantes de los cuales son el poder adquisitivo de los compradores y el grado de competencia. Explica el mecanismo de la "doble competencia", el cual entraría en acción por las discrepancias entre el trabajo y la demanda. Si la demanda fuera menor que la oferta, la competencia entre los vendedores reducirá el precio, destruirá las ganancias y hasta causará pérdidas. Si la demanda excede a la oferta, la competencia entre los compradores aumentará los precios y las ganancias. En el caso de comerciantes que ejercen un comercio regular, este mecanismo funcionará lo bastante bien para hacer efectivo el valor real, y sólo podrán ocurrir variaciones en las ganancias; pero debe evitarse que afecten al equilibrio cambios más importantes. En estos casos Stuart era un firme creyente en la deseabilidad y eficacia de la intervención del estado.

Stuart también se inclinaba por las opiniones mercantilistas en la teoría monetaria, y sus exposiciones acerca del valor del dinero y la balanza de pagos son con frecuencia oscuras y contradictorias. Sin embargo, fue capaz de corregir muchos errores en los análisis de Locke y de Hume. En particular, evitó la yuxtaposición mecánica que hacían estos autores del volumen de mercancías y la cantidad de dinero en circulación. Adoptó la opinión, que ya había sido expresada por Petty, de que la circulación de un país sólo podía absorber una cantidad determinada de dinero. Pensaba que éste era necesario en un país para dos fines: pagar las deudas y comprar las cosas necesarias. La situación del comercio y de la industria y las costumbres de la gente determinaban la demanda del dinero, y esta demanda podía satisfacerla una cantidad dada. Siguiendo a North, dice que todo el metal que excediera del necesario para fines monetarios, sería atesorado o destinado a un uso suntuario. Si por otra parte, la cantidad de oro y plata fueran insuficiente para sostener la circulación de un país, la diferencia sería cubierta con moneda simbólica.⁸⁴ El resultado es que "cualquiera que sea la cantidad de dinero que haya en un país, en relación con el resto del mundo, nunca habrá en circulación sino la cantidad aproximadamente proporcional al consumo de los ricos y al trabajo y laboriosidad de los habitantes pobres".⁸⁵

Para dar una idea exacta de la posición de Stuart es necesario

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 165-6.

⁸⁵ *Ibid.*, libro I, *passim*.

añadir unas palabras en torno a sus opiniones sobre las cuestiones más generales de la economía. Su actitud respecto del proceso económico era anticuada y un tanto reaccionaria. Su obra comercial tan común en su tiempo; pero quizás debido a esa actitud pudo Steuart dar una explicación muy clara del desarrollo del capitalismo. Empezó por estudiar el origen de la sociedad (lo cual le llevó incidentalmente a una anticipación de la teoría malthusiana de la población, algo parecida a la de Cantillon) e investigó su estructura a través de los cambios en los métodos de producción y en las relaciones de las clases sociales. Subrayó el hecho de que el trabajo era la única fuente del aumento en la oferta de medios de subsistencia y desarrolló los conceptos del excedente agrícola, de la división de clases y del nacimiento de la industria. Por último, señaló con claridad la diferencia que existe entre las formas particulares de trabajo que crean valores de uso específicos, y el trabajo como abstracción social que crea el valor de cambio. Llamaba industria a la forma de trabajo que por enajenación creaba un equivalente universal.⁸⁹

6. LOS FISIÓCRATAS

En el siglo XVIII se desarrolló en Francia el cuerpo de teoría económica al que se conoce con el nombre de "fisiocracia". Aunque se basa en una experiencia diferente y adopta una forma distinta, sus efectos sobre el desenvolvimiento del pensamiento económico fueron muy semejantes a los de los economistas ingleses estudiados. Ambas aportaciones fueron unidas en un solo sistema por Adam Smith. Con los fisiócratas entramos en la era de escuelas y sistemas del pensamiento económico, y no es sorprendente hallar que han sido objeto de nuestros días pueda descubrir algún aspecto que un investigador de nuestros días pueda descubrir algo importante a lo que ya se ha dicho sobre cada punto particular de su sistema. Lo que ahora tenemos que hacer es ofrecer un breve resumen de dicho sistema y valorar su importancia.

Ha habido cierta confusión respecto de las cualidades esenciales del pensamiento fisiocrático. Adam Smith criticó su gran interés por la agricultura, y aun hoy mismo se desprecia los méritos de los fisiócratas por esa consideración. Además, muchas veces se

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 403-8.

expone erróneamente la relación que hay entre la filosofía política general de Quesnay y de Turgot y sus ideas específicamente económicas. La creencia en el orden natural, característica de su filosofía, o no se pone en relación con su análisis de la producción y la circulación de la riqueza, o se la considera como el principio fundamental sobre el cual se constituyeron sus doctrinas económicas. Sólo en tiempos recientes se ha sugerido que la fisiocracia fuera una "racionalización" de ciertos objetivos específicos,⁸⁷ y cualquiera que sea el grado de verdad que pueda haber en las explicaciones psicológicas o sociológicas de esta clase, no cabe duda que la filosofía política de los fisiócratas fue el desarrollo lógico y natural de sus ideas económicas.

Los fisiócratas comparten con los economistas ingleses preclásicos más avanzados, tales como Petty y Cantillon, el mérito de haber descartado definitivamente la creencia mercantilista de que la riqueza y su aumento se debían al comercio. Llevaron a la esfera de la producción el poder de creación de la riqueza y del excedente susceptible de acumulación. El punto central de su análisis era la búsqueda de este excedente, o sea el célebre *produit net*. Después de descubrir su origen de una manera que constituía un avance respecto de los mercantilistas ingleses, llevaron a cabo, en el *Tableau oeconomicque*, de Quesnay, el análisis de su circulación entre las diferentes clases de la sociedad.

El punto de partida es la división del trabajo en dos categorías, uno productivo y otro estéril. El primero consiste únicamente en el trabajo capaz de crear un excedente, es decir, algo que excede a la riqueza que consume para poder producir. Cualquier otro trabajo es estéril. Esta división se encuentra en todo el sistema clásico, y la determinación de lo que constituía trabajo productivo fue uno de los asuntos más importantes estudiados por Smith y Ricardo. Los fisiócratas trataron de descubrir la forma concreta del trabajo productivo. No tenían una idea clara de la diferencia entre valor de uso y valor de cambio, y pensaban en el excedente en términos de las diferencias entre los valores de uso que se habían consumido y los que se habían producido. El *produit net* no era un excedente de riqueza social en abstracto (valor de cambio), sino de riqueza material concreta de bienes útiles. Fue este punto de vista tecnológico el que llevó a los fisiócratas a señalar

⁸⁷ Norman J. Ware, "The Physiocrats: A Study in Economic Rationalisation", en *American Economic Review*, vol. XXI, pp. 607-19. Véase también un análisis anterior de las implicaciones sociales de la fisiocracia hecho por Marx, *Theorien über den Mehrwert*, vol. I, pp. 33-49.

una rama particular de la producción como la única realmente productiva.

En la agricultura es donde se ve más fácilmente la diferencia entre los bienes producidos y los bienes consumidos. En ella, la cantidad de alimentos que el trabajador consume, *más* lo que se usa como semilla, es, por término medio, menos que la cantidad de producto que se obtiene de la tierra. Es la forma más sencilla y más manifiesta de excedente. Smith y Ricardo pudieron demostrar la aparición de un excedente en la industria; pero aquí el proceso se complicaba por el cambio y, en consecuencia, por el problema del valor de cambio. Los fisiócratas se limitaron a la agricultura, y así ignoraron por completo el problema del valor de cambio.

Al adoptar esta actitud, los fisiócratas no pudieron realizar un análisis de las circunstancias que hacen posible la creación de un excedente tan penetrante como hubieran podido hacerlo en otro caso. Evidentemente, el producto excedente sólo aparece en determinada etapa del desarrollo humano, es decir, cuando los seres humanos pueden arrancarle a la naturaleza algo más de lo que necesitan para subsistir. Pero si Steuart había querido demostrar no sólo el origen del excedente agrícola, sino también el desarrollo de la industria a base de él, los fisiócratas no fueron tan lejos. Comprendieron que el número de quienes se dedicaban a la industria y el comercio dependía, en definitiva, de la cantidad de subsistencias que los que trabajaban la tierra pudieran obtener por encima de sus propias necesidades. En otras palabras, comprendieron que el grado de productividad del trabajo que hace posible un excedente, había hecho su primera aparición en la agricultura; pero como no llevaron su análisis a otras esferas de producción, consideraron ese excedente como un don atribuible, no a la productividad del trabajo, sino a la de la naturaleza.

Sin embargo, esta misma limitación implica un progreso. Señala a los fisiócratas como la primera escuela de pensadores económicos que emplearon consecuentemente los métodos científicos de aislamiento y abstracción, aunque no se dieron cuenta, ellos mismos, de esta aportación que estaban haciendo a los métodos del análisis económico. Y, como veremos, consiguieron superar sus propias limitaciones al estudiar el proceso de la circulación. Sobre los cimientos que ellos echaron, los economistas posteriores pudieron levantar sus teorías, principalmente Smith y Ricardo, quienes usaron reflexivamente, como instrumento analítico, lo que en manos de los fisiócratas había sido todo el contenido de su examen.

El análisis de la circulación del *produit net* entre las diferentes clases sociales es la parte más espectacular de la doctrina fisiocrática. El ensayo de condensar todo el proceso de la circulación en la forma simplificada de un cuadro es uno de los primeros ejemplos de aplicación rigurosa de los métodos científicos a los fenómenos económicos. Los pensadores más penetrantes de la época reconocieron inmediatamente el genio que había inspirado el *Tableau oeconomique* de Quesnay (editado por primera vez en 1758 y discutido y popularizado por gran número de economistas). Muchos lo consideraron como la obra más profunda del pensamiento económico hasta aquella fecha, y Mirabeau padre llegó hasta a calificarlo de una de las invenciones humanas más importantes, al lado de la escritura y del dinero. El *Tableau* ha sido a menudo mal comprendido, y todavía se le considera a veces como una pura curiosidad literaria.⁸⁹ Pero dadas las bases del sistema fisiocrático y el método de abstracción que Quesnay empleó, es perfectamente sencillo y lógico.

El *Tableau* se basa en la existencia de una estructura social determinada, cuyas implicaciones estudiaremos más adelante. La tierra la poseen los terratenientes, pero la cultivan los agricultores que la tienen en arriendo, los cuales son así, la clase verdaderamente productora. El *produit net* que ellos crean tiene que servir no sólo para la satisfacción de sus propias necesidades por encima de su subsistencia, sino también de las necesidades de los propietarios de la tierra (incluyendo al rey, la Iglesia, los empleados públicos y todos los demás que dependen de los ingresos de los terratenientes), y de las de la clase estéril (artesanos, comerciantes, etc.). El *Tableau* se propone demostrar dos cosas: primera, la manera en que el *produit net* circula entre las tres clases; y segunda, como se reproduce todos los años. Ignora la circulación dentro de cada clase y supone precios y reproducción constantes todos los años a partir del mismo *produit net*.

⁸⁹ Por ejemplo, A. Gray, *The Development of Economic Doctrine*, p. 106. Gide y Rist hacen una buena exposición de la doctrina. Análisis interesantes del *Tableau* pueden verse también en Marx, *Theorien über den Mehrwert*, vol. I, pp. 85-125, y Engels, *Anti-Dühring*, pp. 263-70. Habría que advertir, sin embargo, que el conocimiento que Marx tenía de los escritos fisiocráticos parece haber sido muy limitado. En realidad, es probable que sólo estuviera familiarizado con el primer volumen de la edición de Daire de las obras de los fisiócratas y que se apoyara mucho en una fuente de segunda mano, es decir, en la *Histoire de l'économie politique en Europe* (1875), de Blanqui. Para un estudio interesante de las diversas presentaciones gráficas del *Tableau* véase R. Suaudeau, *Les Représentations Figurées des Physiocrates* (1947).

Una exposición muy simplificada del análisis contenido en el *Tableau* de Quesnay sería la siguiente. Empezamos con un producto bruto anual de cinco mil millones de libras. De éstas deducimos inmediatamente dos mil millones en especie por concepto de gastos necesarios para la reproducción (alimento del agricultor, semilla, etc.). El *produit net* es de tres mil millones, de los cuales suponemos que dos mil consisten en alimentos y mil en materias primas para la manufactura. Además de este *produit net* en especie, los agricultores poseen también la cantidad total del dinero de la nación, digamos dos mil millones. Las fases subsiguientes del proceso de la circulación revelarán cómo han obtenido ese dinero. Los propietarios no tienen nada, pero sí una renta por cobrar a los agricultores por una cantidad de hasta dos mil millones de libras; la clase estéril tiene bienes manufacturados en el período anterior con un valor de dos mil millones de libras.

Ahí bien, los agricultores pagan a los propietarios sus dos mil millones de libras por concepto de rentas. Los propietarios compran a los agricultores alimentos por valor de mil millones, y recuperan así la mitad del dinero que habían pagado. Después los propietarios gastan la segunda mitad de sus ingresos por concepto de rentas en comprar bienes manufacturados a la clase estéril, que gasta el dinero así recibido en comprar alimentos a los agricultores. Los agricultores, a su vez, gastan mil millones de libras en comprar bienes manufacturados a la clase estéril, la cual vuelve a gastar el dinero en materias primas. El proceso está ahora completo. Los agricultores han conservado dos mil millones de libras en dinero, que les servirán para poner otra vez en marcha todo el proceso en el período siguiente. La parte de alimentos del *produit net* ha ido a los propietarios y a la clase estéril, y la parte de materias primas solamente a la última. Los artículos manufacturados originalmente poseídos por la clase estéril se han dividido entre los propietarios y los agricultores. Y la clase estéril, a su vez, tiene mil millones de libras en alimentos y la misma cantidad en materias primas, que se combinan a fin de crear para el período siguiente bienes manufacturados por valor de dos mil millones.

El *Analyse du Tableau oeconomique*⁸⁹ del propio Quesnay (y más aún el sumario que de él acabamos de hacer) es una exposición muy simplificada del proceso de circulación y reproducción; pero dentro de sus límites, es consistente y lúcido. No se aparta nunca de su postulado fundamental, es decir, que sólo la agricul-

⁸⁹ F. Quesnay, *Oeuvres Économiques* (ed. A. Oucken, 1888), pp. 305-78.

tura puede producir un excedente, y muestra cómo se distribuye ese excedente. Parte de éste (en el *Tableau* los mil millones de libras que los agricultores gastan en artículos manufacturados) lo conservan los agricultores, y la otra parte va a los propietarios y a la clase estéril. Poco más adelante estudiaremos la importancia de la parte que se apropian los agricultores. En cuanto a la clase estéril, tiene participación en el producto excedente simplemente porque es servidora de los productores y de los propietarios. Por sí misma no puede crear ningún valor, no hace más que transformar el valor creado por la agricultura en bienes manufacturados, que se consumen además de los artículos de primera necesidad.

Aunque el *Tableau* opera con cantidades de dinero y con compras y ventas, en realidad no se ocupa del proceso del cambio. Su esencia, por detrás de la forma monetaria, la constituye la circulación en especie; y su interés principal se centra en la distribución y reproducción de los valores de uso del *produit net*. Los fisiócratas iniciaron un movimiento de ideas que fue estímulo poderoso para el desarrollo de una teoría del valor y de la plusvalía como productos del trabajo, que, sin embargo, no desarrollaron ellos mismos. La atención que dedicaron al problema del cambio y del precio produjo resultados de un carácter por completo diferentes. Así, mientras una de sus aportaciones encontró su continuación en Smith y Ricardo, y, en una forma tergiversada, en Marx, la otra conduce a las teorías del valor como producto de la oferta y la demanda y como producto de la utilidad.

Quesnay mismo, fundador de la escuela, no trató el problema del valor de un modo sistemático. Sostuvo una teoría del precio basada en el costo de producción, en lo que respecta a los artículos manufacturados. Ya hemos visto que creía a la manufactura incapaz de crear valores nuevos; lo único que hacía era sumar valores ya existentes. Cuando se cambian artículos manufacturados, decía (de acuerdo con su teoría del *produit net*), únicamente se cambian cosas equivalentes. Del cambio no puede nacer ninguna ganancia (o excedente de valor). El precio natural de los artículos manufacturados se explicaba por muchos otros precios: los de los gastos (*dépenses* o *fráis*) de los productores y de los comerciantes que los llevan al mercado. Al mismo tiempo, la competencia entre compradores y vendedores fijaría la cantidad exacta de los gastos que incurrirían los productores. La competencia era un factor muy importante en la explicación del precio; lo fijaba independientemente de los compradores y los vendedores. Aunque éstos fuesen movidos por su interés personal y tratasen de comprar ba-

rato o de vender caro, las mutuas relaciones entre sus actos les obligaban a sacrificar parte de sus intereses. Ninguno podía actuar completamente a su voluntad.⁹⁰

Sin embargo, el papel de la competencia tenía su desarrollo completo en relación con los factores subjetivos que actuaban en las mentes de compradores y vendedores. La importancia que se concedió a la competencia como determinante del precio iba dirigida a resolver el problema que nace de la consideración de las estimaciones de compradores y vendedores. Quesnay admitía que las valuaciones de los individuos tenían alguna relación con el cambio. Proporcionaban el motivo de éste, pero no influían en las condiciones en que se realizaba. Éstas las fijaba una especie de estimación o valuación general independiente de las valuaciones de las partes individuales.

Turgot, que fue el más maduro, y políticamente el más importante de los fisiócratas, fue aún más lejos al introducir cierto dualismo en la teoría del valor y del precio. No se apartó del principio fisiocrático principal, según el cual sólo el trabajo agrícola puede crear un excedente. Pero en uno de sus escritos por lo menos concedió un lugar importante a los elementos subjetivos en la determinación del valor de cambio.⁹¹ Hizo una lista de los diferentes factores que un individuo tiene en cuenta al formarse un juicio sobre determinado bien. La capacidad de dicho bien para satisfacer una necesidad, la facilidad con que se le podía conseguir, su escasez y otras consideraciones formaban, en conjunto, lo que él llamaba el valor estimativo de un bien, del cual se derivaba su valor de cambio. A este último lo llamaba Turgot el valor apreciativo y decía que estaba determinado por el promedio de los valores estimativos de las partes que intervenían en el cambio.

Turgot estableció un vínculo un tanto flojo entre esta teoría del valor de cambio y la de la función del trabajo, pues decía que un individuo aplicaría parte de su trabajo a obtener los artículos que necesitaba de acuerdo con su valuación de ellos. Por otra parte, esta valuación era, de por sí, "*le compte qu'il se rend a lui même de la portion de sa peine et de son temps...*" "*qu'il peut employer à la recherche de l'objet évalué*".⁹² ("el cálculo que hace para sí mismo de la parte de trabajo y de tiempo... que puede emplear en la

⁹⁰ F. Quesnay, "Dialogue sur les Travaux des Artisans", *Oeuvres Économiques*, pp. 538 ss.

⁹¹ A. R. J. Turgot, "Valeurs et Monnaies", en *Oeuvres de Turgot* (ed. M. E. Daire, 1844), vol. 1, pp. 75 ss.

⁹² *Ibid.*, p. 83.

busca del objeto valuado"). Esto parece un razonamiento circular, pero tiene cierto parecido con la relación entre la valuación subjetiva y el costo de producción que desarrolló más tarde la escuela subjetivista en la teoría del costo de oportunidad. Las inconsecuencias manifestadas en la explicación del valor dada por los fisiócratas se debieron a que, si bien hacían del trabajo el único creador del excedente (cuya fuente era la naturaleza), consideraron el valor en este respecto sólo como valor de uso, y así cuando tuvieron que examinar el cambio se vieron obligados a adoptar una explicación diferente.

La teoría del valor de cambio, sin embargo, no era la parte más importante del sistema fisiocrático. Su filosofía política y sus preceptos de política práctica los derivaron los fisiócratas del concepto de *produit net*. Puesto que la agricultura era la única que producía un excedente, las medidas mercantilistas de Colbert, dirigidas a fomentar la industria, eran inútiles, y contra ellas lanzaron los fisiócratas su grito de guerra de *laissez faire, laissez passer*. La industria no creaba valores, sólo los transformaba, y ninguna reglamentación de ese proceso de transformación podía añadir nada a la riqueza de la comunidad. Por el contrario, lo único probable es que lo hiciese más engorroso y menos económico. Por consiguiente, debía desaparecer la intervención en todas sus formas. En el campo de la tributación, que es el instrumento más poderoso del intervencionismo estatal, había que hacer lo mismo: la industria y el comercio debían quedar libres de toda contribución. La única rama de la producción a la que en justicia debían imponérsele contribuciones era la que creaba valor, es decir la agricultura. Imponer contribuciones a la industria era imponerlas a la tierra de un modo indirecto y, por tanto, antieconómico. La máxima financiera de la fisiocracia era un impuesto único sobre la tierra.

Estas opiniones estaban incorporadas en un sistema complicado al cual se dedicaron muchos libros. El propio Quesnay escribió una de las principales exposiciones del mismo.⁹³ El concepto principal de ese sistema era el del "orden natural". Según los fisiócratas, la sociedad humana se regía por leyes naturales que no podían nunca ser modificadas por las leyes positivas del estado. Dichas leyes, establecidas por una Providencia bondadosa para el bien de la humanidad, estaban tan claramente manifestadas que bastaba un poco de reflexión para descubrirlas. Quesnay parece haber pensado que no bastaba la reflexión, pues proponía que se enseñase el orden natural, ocupando posiblemente su *Tableau* un lugar importante

⁹³ F. Quesnay, "Le Droit Naturel", *Oeuvres Économiques*, pp. 359-77.

en esa enseñanza. Los aspectos esenciales del *orden natural* eran el derecho a disfrutar de los beneficios de la propiedad, el derecho a trabajar y el derecho a la libertad compatible con la libertad de los demás a perseguir su interés personal. El *orden natural* fue una anticipación del utilitarismo en una época en que las circunstancias económicas y políticas no estaban aún maduras para él. Este hecho explica las contradicciones del sistema fisiocrático en sí mismo y de las conclusiones teóricas y prácticas que de él se sacaron. La actitud fisiocrática hacia la tierra tiene un aire casi feudal, reforzado por su apasionada defensa de la propiedad territorial. Pero como se consideraba a la tierra como la única fuente de riqueza, la conclusión práctica era contraria al interés de los terratenientes: el impuesto único. Esto, aunado a la política no intervencionista con que estaba relacionado, llegó a ser una ayuda poderosa para el desarrollo de la industria, aunque los fisiócratas mismos no lo concibieron con ese propósito.

Aun en la cuestión de la propiedad podía volverse contra sus propias creencias políticas el análisis que hicieron los fisiócratas. Muchos de sus partidarios velan en ellos únicamente a los defensores del feudalismo. Sus opiniones sobre la propiedad de la tierra y su frecuente defensa de un despotismo ilustrado⁸⁴ los hicieron caros a quienes libraban una última batalla a favor del feudalismo. Pero cuando emprendieron el estudio de los problemas económicos, los fisiócratas se vieron ya obligados a considerarlos bajo una óptica capitalista. Para ellos, el propietario de la tierra se había convertido ya en capitalista que empleaba trabajadores.

Esa evolución se ve particularmente clara en los escritos de Turgot, que, en consecuencia, se anticipan a la subsiguiente evolución de la industria capitalista. Empezó por el estudio del *produit net* en su forma más primitiva.⁸⁵ En un examen que recuerda mucho a Steuart, demostró que el excedente creado por el cultivador del suelo era el único fondo del que podían obtener una subsistencia los demás miembros de la sociedad. Una vez que el agricultor había producido el excedente, podía realizarlo comprando el trabajo de otros. Los que trabajaban en la industria se convirtieron en *stipendiés* (asalariados) del agricultor.

Llega un momento, prosigue Turgot, en que el cultivador propietario deja de ser el único interesado en la apropiación del *produit net*. Los propietarios se diferencian de los agricultores

cuando toda la tierra disponible ha pasado a ser de propiedad privada. Los que no poseen tierras se convierten en trabajadores asalariados, ya como *stipendiés* de la industria, ya de los propietarios de la tierra. En este último caso, los propietarios dejan de cultivar sus propias tierras: trabajan para ellos obreros asalariados. La yuxtaposición de capital y trabajo aparece ahora en la producción agrícola, y con ella el problema de los salarios y las ganancias. El salario del trabajador, dice Turgot, será determinado por la cantidad de subsistencias que necesita (el *strict nécessaire* que aparece en los escritos fisiocráticos); pero la generosidad de la naturaleza le dará más que eso, y el excedente será la renta del propietario. Con esta renta se lleva a cabo la acumulación. El capital está creado, y se hacen habituales los adelantos para el progreso de la industria y para el perfeccionamiento de la agricultura.

Los fisiócratas no tuvieron la menor intención de usar esta clase de análisis para atacar a la clase terrateniente; pero ese análisis era muy propio para ser usado de esa manera. Los efectos prácticos de su enseñanza, igual que la de sus contemporáneos ingleses, contribuyeron a eliminar los obstáculos que se interponían en el camino de la industria capitalista. En una consideración retrospectiva, hay que conceder a los fisiócratas un puesto elevado entre aquellos que prepararon el terreno para la Revolución Francesa.

⁸⁴ Por ejemplo, F. Quesnay, "Maximes générales du gouvernement économique d'un royaume royal", *Oeuvres Économiques*, pp. 329-37.

⁸⁵ A. R. J. Turgot, "Réflexions sur la Formation et la Distribution des Richesses" (1766), *Oeuvres de Turgot*, vol. 1, pp. 9 ss.